

# El caballero de Olmedo

Lope de Vega (1562-1635)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

# El caballero de Olmedo

Lope de Vega (1562-1635)

## Personajes

- Don ALONSO, caballero
- Don RODRIGO
- Don FERNANDO
- Don PEDRO
- El REY don Juan, el II
- El CONDESTABLE
- TELLO, criado gracioso
- Doña INÉS, dama
- Doña LEONOR
- ANA, criada
- FABIA, vieja hechicera y alcahueta
- MENDO
- Un LABRADOR
- Una SOMBRA
- CRIADOS
- ACOMPAÑAMIENTO
- GENTE



**Félix Lope de Vega y Carpio** (Madrid, 25 de noviembre de 1562 – 27 de agosto de 1635) fue uno de los más importantes poetas y dramaturgos del Siglo de Oro español y, por la extensión de su obra, uno de los más prolíficos autores de la literatura universal.

Renovó las fórmulas del teatro español en un momento en el que el teatro comenzaba a ser un fenómeno cultural y de masas y fue, junto a Tirso de Molina y Calderón de la Barca, uno de los máximos exponentes del teatro barroco español

- [Más obras de Lope de Vega](#)
- [Biografía del autor](#)
- [Descarga Ebooks](#)

## Acto Primero

### *Sale don ALONSO*

ALONSO: Amor, no te llame amor  
el que no te corresponde,  
pues que no hay materia adonde  
no imprima forma el favor.

Naturaleza, en rigor,  
conservó tantas edades  
correspondiendo amistades;  
que no hay animal perfeto  
si no asiste a su conceto  
la unión de dos voluntades.

De los espíritus vivos  
de unos ojos procedió  
este amor, que me encendió  
con fuegos tan excesivos.

No me miraron altivos,  
antes, con dulce mudanza,  
me dieron tal confianza,  
que, con poca diferencia,  
pensando correspondencia,  
engendra amor esperanza.  
Ojos, si ha quedado en vos  
de la vista el mismo efeto,  
amor vivirá perfeto,  
pues fue engendrado de dos;  
pero si tú, ciego dios,  
diversas flechas tomaste,  
no te alabes que alcanzaste  
la victoria que perdiste  
si de mí solo naciste,  
pues imperfeto quedaste.

### *Salen TELLO, criado, y FABIA*

FABIA: ¿A mí, forastero?

TELLO: A ti.

FABIA: Debe pensar que yo  
soy perro de muestra.

TELLO: No.

FABIA: ¿Tiene alguna achaque?  
TELLO: Sí.  
FABIA: ¿Qué enfermedad tiene?  
TELLO: Amor.  
FABIA: Amor, ¿de quién?  
TELLO: Allí está,  
y él, Fabia, te informará  
de lo que quiere mejor.  
FABIA: Dios guarde tal gentileza.  
ALONSO: Tello, ¿es la madre?  
TELLO: La propia.  
ALONSO: ¡Oh, Fabia! ¡Oh, retrato! ¡Oh, copia  
de cuanto naturaleza  
puso en ingenio mortal!  
¡Oh, peregrino doctor,  
y para enfermos de amor  
Hipócrates celestial!  
Dame a besar la mano,  
honor de las tocas, gloria  
del monjil.  
FABIA: La nueva historia  
de tu amor cubriera en vano  
vergüenza o respeto mío;  
que ya en tus caricias veo  
tu enfermedad.  
ALONSO: Un deseo  
es dueño de mi albedrío.  
FABIA: El pulso de los amantes  
es el rostro. Aojado estás.  
¿Qué has visto?  
ALONSO: Un ángel.  
FABIA: ¿Qué más?  
ALONSO: Dos imposibles bastantes,  
Fabia, a quitarme el sentido;  
que es dejarla de querer  
y que ella me quiera.  
FABIA: Ayer  
te vi en la feria perdido  
tras una cierta doncella,  
que en forma de labradora  
encubría el ser señora,  
no el ser tan hermosa y bella;  
que pienso que doña Inés  
es de Medina la flor.

ALONSO: Acertaste con mi amor;  
esa labradora es  
fuego que me abrasa y arde.

FABIA: Alto has picado.

ALONSO: Es deseo  
de su honor.

FABIA: Así lo creo.

ALONSO: Escucha, así Dios te guarde.

Por la tarde salió Inés  
a la feria de Medina,  
tan hermosa que la gente  
pensaba que amanecía;  
rizado el cabello en lazos,  
que quiso encubrir la liga,  
porque mal caerán las almas  
si ven las redes tendidas.

Los ojos, a lo valiente,  
iban perdonando vidas,  
aunque dicen los que deja  
que es dichoso a quien la quita.

Las manos haciendo tretas,  
que como juego de esgrima  
tiene tanta gracia en ellas,  
que señala las heridas.

Las valonas esquinadas  
en manos de nieve viva;  
que muñecas de papel  
se han de poner en esquinas.

Con la caja de la boca  
allegaba infantería,  
porque sin ser capitán,  
hizo gente por la villa.

Los corales y las perlas  
dejó Inés, porque sabía  
que las llevaban mejores  
los dientes y las mejillas.

Sobre un manteo francés  
una verdemar basquiña,  
porque tenga en otra lengua  
de su secreto la cifra.

No pensaron las chinelas  
llevar de cuantos la miran  
los ojos en los listones,

las almas en las virillas.  
No se vio florido almendro  
como toda parecía;  
que del color natural  
son las mejores pastillas.  
Invisible fue con ella  
el amor, muerto de risa  
de ver, como pescador,  
los simples peces que pican.  
Unos le ofrecieron sargas,  
y otros arracadas ricas;  
pero en oídos de áspid  
no hay arracadas que sirvan.  
Cuál da a su garganta hermosa  
el collar de perlas finas;  
pero como toda es perla,  
poco las perlas estima;  
yo, haciendo lengua los ojos,  
solamente le ofrecía  
a cada cabello un alma,  
a cada paso una vida.  
Mirándome sin hablarme,  
parece que me decía,  
"No os vais, don Alonso, a Olmedo,  
quedaos agora en Medina."  
Creí me esperanza, Fabia;  
salió esta mañana a misa,  
ya con galas de señora,  
no labradora fingida.  
Si has oído que el marfil  
del unicornio santigua  
las aguas, así el cristal  
de un dedo puso en la pila.  
Llegó mi amor basilisco,  
y salió del agua misma  
templado el veneno ardiente  
que procedió de su vista.  
Miró a su hermana, y entrambas  
se encontraron en la risa,  
acompañando mi amor  
su hermosura y mi porfía.  
En una capilla entraron;  
yo, que siguiéndolas iba,  
entré imaginando bodas.

¡Tanto quien ama imagina!  
Vime sentenciado a muerte,  
porque el amor me decía,  
"Mañana mueres, pues hoy  
te meten en la capilla."  
En ella estuve turbado;  
ya el guante se me caía,  
ya el rosario, que los ojos  
a Inés iban y venías.  
No me pagó mal. Sospecho  
que bien conoció que había  
amor y nobleza en mí;  
que quien no piensa no mira,  
y mirar sin pensar, Fabia,  
es de ignorantes, y implica  
contradicción que en un ángel  
faltase ciencia divina.  
Con este engaño, es efecto,  
le dije a mi amor que escriba  
este papel; que si quieres  
ser dichosa y atrevida  
hasta ponerle en sus manos,  
para que mi fe consiga  
esperanzas de casarme,  
tan en esto amor me inclina,  
el premio será un esclavo  
con una cadena rica,  
encomienda de esas tocas,  
de mal casadas envidia.

FABIA: Yo te he escuchado.

ALONSO: ¿Y qué sientas?

FABIA: Que a gran peligro te pones.

TELLO: Excusa, Fabia, razones,  
si no es que por dicha intentes  
como diestro cirujano,  
hacer la herida mortal.

FABIA: Tello, con industria igual  
pondré el papel en su mano,  
aunque me cueste la vida,  
sin interés, porque entiendas  
que, donde hay tan altas prendas,  
sola yo fuera atrevida.

Muestra el papel. (Que primero **Aparte**

lo tengo de aderezar.)  
 ALONSO: ¿Con qué te podré pagar  
 la vida, el alma que espero,  
 Fabia, de esas santas manos?  
 TELLO: ¿Santas?  
 ALONSO: ¿Pues, no, si han de hacer  
 milagros?  
 TELLO: De Lucifer.  
 FABIA: Todos los medios humanos  
 tengo de intentar por ti,  
 porque el darme esa cadena  
 no es cosa que me da pena,  
 con confiada nací.  
 TELLO: ¿Qué te dice el memorial?  
 ALONSO: Ven, Fabia, ven, madre honrada,  
 porque sepas mi posada.  
 FABIA: Tello...  
 TELLO: Fabia...  
 FABIA: No hables mal;  
 que tengo cierta morena  
 de extremado talle y cara.  
 TELLO: Contigo me contentara  
 si me dieras la cadena.

***Vanse. Salen doña INÉS y doña  
 LEONOR***

INÉS: Y todos dicen, Leonor  
 que nace de las estrellas.  
 LEONOR: De manera que sin ellas  
 ¿no hubiera en el mundo amor?  
 INÉS: Dime tú; si don Rodrigo  
 ha que me sirve dos años,  
 y su talle y sus engaños  
 son nieve helada conmigo,  
 y en el instante que vi  
 este galán forastero,  
 me dijo el alma, "Éste quiero."  
 Y yo lo dije, "Sea así."  
 ¿Quién conierta y desconierta  
 este amor y desamor?  
 LEONOR: Tira como ciego Amor,  
 yerra mucho, y poco acierta.



Demás, que negar no puedo,  
aunque es de Fernando amigo  
tu aborrecido Rodrigo,  
por quien obligada quedo  
a intercederte por él,  
que el forastero es galán.

INÉS: Sus ojos causa me dan  
para ponerlos en él,  
pues pienso que en ellos vi  
el cuidado que me dio,  
para que mirase yo  
con el que también le di.  
Pero ya se habrá partido.

LEONOR: No le miro yo de suerte  
que pueda vivir sin verte.

***Sale ANA, criada***

ANA: Aquí, señora, ha venido  
la Fabia... o la Fabiana.

INÉS: ¿Pues quién es esa mujer?

ANA: Una que suele vender  
para las mejillas grana,  
y para la cara nieve.

INÉS: ¿Quieres tú que entre, Leonor?

LEONOR: En casas de tanto honor  
no sé yo cómo se atreve;  
que no tiene buena fama;  
mas, ¿quién no desea ver?

INÉS: Ana, llama esa mujer.

ANA: Fabia, mi señora os llama.

***Vase. Sale FABIA, con una canastilla***

FABIA: (¡Y cómo si yo sabía **Aparte**  
que me habías de llamar!)  
¡Ay! Dios os deje gozar  
tanta gracia y bizarría,  
tanta hermosura y donaire;  
que cada día que os veo  
con tanta gala y aseo,  
y pisar de tan buen aire,  
os echo mil bendiciones;  
y me acuerdo como agora

de aquella ilustre señora  
que con tantas perfecciones  
fue la fénix de Medina,  
fue el ejemplo de lealtad.  
¡Qué generosa piedad  
de eterna memoria digna!  
¡Qué de pobres la lloramos!  
¿A quién no hizo mil bienes?  
INÉS: Dinos, madre, a lo que vienes.  
FABIA: ¡Qué de huérfanas quedamos  
por su muerte malograda!  
La flor de las Catalinas  
hoy la lloran mis vecinas;  
no la tienen olvidada.  
Y a mí, ¿qué bien no me hacía?  
¡Qué en agraz se la llevó  
la muerte! No se logró.  
Aun cincuenta no tenía.  
INÉS: No llores, madre, no llores.  
FABIA: No me puedo consolar  
cuando le veo llevar  
a la muerte las mejores,  
y que yo me quedo acá.  
Vuestro padre, Dios le guarde,  
¿está en casa?  
LEONOR: Fue esta tarde  
al campo.  
FABIA: Tarde vendrá.  
Si va a deciros verdades,  
mozas sois, vieja soy yo...  
Más de una vez me fió  
don Pedro sus mocedades;  
pero teniendo respeto  
a la que pudre, yo hacía,  
como quien se lo debía,  
mi obligación. En efeto,  
de diez mozas, no le daba  
cinco.  
INÉS: ¡Que virtud!  
FABIA: No es poco,  
que era vuestro padre un loco;  
cuanto veía, tanto amaba.  
Si sois de su condición,  
no admiro de que no estéis

enamoradas. ¿No hacéis,  
niñas, alguna oración  
para casaros?

INÉS: No, Fabia.

Eso siempre será presto.

FABIA: Padre que se duerme en esto,  
mucho a sí mismo se agravia.

La fruta fresca, hijas mías,  
es gran cosa, y no aguardar  
a que la venga a arrugar  
la brevedad de los días.

Cuantas cosas imagino,  
dos solas, en mi opinión,  
son buenas, viejas.

LEONOR: ¿Y son?

FABIA: Hija, el amigo y el vino.

¿Veisme aquí? Pues yo os prometo  
que fue tiempo en que tenía

mi hermosura y bizarría  
más de algún galán sujeto.

¿Quién no alababa mi brío?  
¡Dichoso a quien yo miraba!

Pues, ¿qué seda no arrastraba?

¡Qué gasto, qué plato el mío!

Andaba en palmas, en andas.

Pues, ¡ay Dios!, si yo quería,  
¿qué regalos no tenía

de esta gente de hopalandas?

Pasó aquella primavera,

no entra un hombre por mi casa;

que como el tiempo se pasa,  
pasa la hermosura.

INÉS: Espera.

¿Qué es lo que traes aquí?

FABIA: Niñerías que vender  
para comer, por no hacer  
cosas malas.

LEONOR: Hazlo ansí,  
madre, y Dios te ayudará.

FABIA: Hija, mi rosario y misa:  
esto cuando estoy de prisa,  
que si no...

INÉS: Vuélvete acá.

¿Qué es esto?

FABIA: Papeles son  
de alcanfor y solimán.  
Aquí secretos están  
de gran consideración  
para nuestra enfermedad  
ordinaria.

LEONOR: Y esto, ¿qué es?

FABIA: No lo mires, aunque estés  
con tanta curiosidad.

LEONOR: ¿Qué es, por tu vida?

FABIA: Una moza,  
se quiere, niñas, casar;  
mas acertóla a engañar  
un hombre de Zaragoza.  
Hase encomendado a mí...  
Soy piadosa... y en fin es  
limosna, porque después  
vivan en paz.

INÉS: ¿Qué hay aquí?

FABIA: Polvos de dientes, jabones  
de manos, pastillas, cosas  
curiosas y provechosas.

INÉS: ¿Y esto?

FABIA: Algunas oraciones.

¡Qué no me deben a mí  
las ánimas!

INÉS: Un papel  
hay aquí.

FABIA: Diste con él  
cual si fuera para ti.

Suéltale. No le has de ver,  
bellaquilla, curiosilla.

INÉS: Deja, madre...

FABIA: Hay en la villa  
cierto galán bachiller  
que quiere bien una dama;  
prométeme una cadena  
porque le dé yo, con pena  
de su honor, recato y fama.  
Aunque es para casamiento,  
no me atrevo. Haz una cosa  
por mí, doña Inés hermosa,  
que es discreto pensamiento.  
Respóndeme a este papel,

y diré que me la ha dado  
su dama.

INÉS: Bien lo has pensado  
si pescas, Fabia, con él  
la cadena prometida.

Yo quiero hacerte este bien.

FABIA: Tantos los cielos te den,  
que un siglo alarguen tu vida.

Lee el papel.

INÉS: Allá dentro,  
y te traeré respuesta.

**Vase**

LEONOR: (¡Que buena invención!) **Aparte**

FABIA: (Apresta, **Aparte**  
fiero habitador del centro,  
fuego accidental que abraza  
el pecho de esta doncella.)

**Salen don RODRIGO y don FERNANDO**

RODRIGO: Hasta casarme con ella,  
será forzoso que pase  
por estos inconvenientes.

FERNANDO: Mucho ha de sufrir quien ama.

RODRIGO: Aquí tenéis vuestra dama.

FABIA: (¡Oh necios impertinentes! **Aparte**  
¿Quién os ha traído aquí?)

RODRIGO: Pero, ¡en lugar de la mía  
aquella sombra!

FABIA: Sería  
gran limosna para mí;

que tengo necesidad.

LEONOR: Yo haré que os pague mi hermana.

FERNANDO: Si habéis tomado, señora,  
o por ventura os agrada  
algo de lo que hay aquí,  
si bien serán cosas bajas  
la que aquí puede traer  
esta venerable anciana,

pues no serán ricas joyas  
para ofrecer os la paga,  
mandadme que os sirva yo.

LEONOR: No habemos comprado nada;  
que es esta buena mujer  
quien suele lavar en casa  
la ropa.

RODRIGO: ¿Qué hace don Pedro?

LEONOR: Fue al campo; pero ya tarda.

RODRIGO: Mi señora, doña Inés...

LEONOR: Aquí estaba... Pienso que anda  
despachando esta mujer.

RODRIGO: (Si me vio por la ventana **Aparte**  
¿quién duda que huyó por mí?

¿Tanto de ver se recata  
quien más servirla desea?)

FERNANDO: Ya sale.

**Salga doña INÉS con un papel en la  
mano. [LEONOR le habla a ella]**

LEONOR: Mira que aguarda  
por la cuenta de la ropa,  
Fabia.

INÉS: Aquí la traigo, hermana.  
Tomad, y haced que ese mozo  
la lleve.

FABIA: ¡Dichosa el agua  
que ha de lavar, doña Inés,  
las reliquias de la holanda  
que tales cristales cubre!

**[Finja que lee]**

Seis camisas, diez toalla,  
cuatro tablas de manteles,  
dos cosidos de almohadas,  
seis camisas del señor,  
ocho sábanas. Mas basta;  
que todo vendrá más limpio  
que los ojos de la cara.

RODRIGO: Amiga, ¿queréis feriar me

ese papel, y la paga  
fiad de mí, por tener  
de aquellas manos ingratas  
letra siquiera en las mías?  
FABIA: ¡En verdad que negociara  
muy bien si os diera el papel!  
Adiós hijas de mi alma.

**Vase**

RODRIGO: Esta memoria aquí había  
de quedar, que no llevarla.

LEONOR: Llévala y vuélvela, a efeto  
de saber si algo le falta.

INÉS: Mi padre ha venido ya.  
Vuestas mercedes se vayan  
o le visiten; que siente  
que nos hablen, aunque calla.

RODRIGO: Para sufrir el desdén  
que me trata de esta suerte,  
pido al Amor y a la Muerte  
que algún remedio me den.  
Al Amor, porque tan bien  
puede templar tu rigor  
con hacerme algún favor;  
a la Muerte, porque acabe  
mi vida; pero no sabe  
la Muerte, ni quiere Amor.  
Entre la vida y la muerte  
no sé qué medio tener,  
pues Amor no ha de querer  
que con tu favor acierte;  
y siendo fuerza quererte,  
quiere el Amor que te pida  
que seas tú mi homicida.

Mata, ingrata, a quien te adora;  
serás mi muerte, señora,  
pues no quieres ser mi vida.  
Cuanto vive de amor nace,  
y se sustenta; de amor,  
cuanto muere. Es un rigor  
que nuestras vidas deshace.

Si al amor no satisface  
mi pena, ni la hay tan fuerte  
con que la muerte me acierte,  
debo de ser inmortal,  
pues no me hacen bien ni mal  
ni la vida ni la muerte.

***Vanse los dos***

INÉS: ¡Qué de necedades juntas!

LEONOR: ¿No fue la tuya menor?

INÉS: ¿Cuándo fue discreto amor  
si del papel me preguntas?

LEONOR: ¿Amor te obliga a escribir  
sin saber a quién?

INÉS: Sospecho  
que es invención que se ha hecho  
para probarme a rendir  
de parte del forastero.

LEONOR: Yo también lo imaginé.

INÉS: Si fue así, discreto fue.  
Leerle unos versos quiero.

"Yo vi la más hermosa labradora,  
en la famosa feria de Medina,  
que ha visto el sol adonde más se inclina  
desde la risa de la blanca aurora.

Una chinela de color, que dora  
de una columna hermosa y cristalina  
la breve basa, fue la ardiente mina  
que vuela el alma a la región que adora.

Que una chinela fue victoriosa,  
siendo los ojos del amor enojos,  
confesé por hazaña milagrosa.

Pero díjele dando los despojos:  
"Si matas con los pies, Inés hermosa,  
¿qué dejas para el fuego de tus ojos?"

LEONOR: Este galán, doña Inés,  
te quiere para danzar.

INÉS: Quiere en los pies comenzar,  
y pedir manos después.

LEONOR: ¿Que respondiste?



INÉS: Que fuese  
esta noche por la reja  
del huerto.  
LEONOR: ¿Quién te aconseja,  
o qué desatino es ése?  
INÉS: No es para hablarle.  
LEONOR: Pues, ¿qué?  
INÉS: Ven conmigo y lo sabrás.  
LEONOR: Necia y atrevida estás.  
INÉS: ¿Cuándo el amor no lo fue?  
LEONOR: Huír de amor cuando empieza.  
INÉS: Nadie del primero huye,  
porque dicen que le influye  
la misma naturaleza.

***Vanse. Salen don ALONSO, TELLO y FABIA***

FABIA: Cuatro mil palos me han dado.  
TELLO: ¡Lindamente negociaste!  
FABIA: Si tú llevaras los medios...  
ALONSO: Ello ha sido disparate  
que yo me atreviese al cielo.  
TELLO: Y que Fabia fuese el ángel  
que al infierno de los palos  
cayese por levantarte.  
FABIA: ¡Ay, pobre Fabia!  
TELLO: ¿Quién fueron  
los crüeles sacristanes  
del facistol de tu espalda?  
FABIA: Dos lacayos y tres pajes.  
Allá he dejado las tocas  
y el monjil hecho seis partes.  
ALONSO: Eso, madre, no importara,  
si a tu rostro venerable  
no se hubieran atrevido.  
¡Oh, qué necio fui en fiarme  
de aquellos ojos traidores,  
de aquellos falsos diamantes,  
niñas que me hicieron señas  
para engañarme y matarme!  
Yo tengo justo castigo.  
Toma este bolsillo, madre...  
y ensilla, Tello; que a Olmedo

nos hemos de ir esta tarde.  
TELLO: ¿Cómo, si anochece ya?  
ALONSO: Pues, ¿qué? ¿Quieres que me mate?  
FABIA: No te aflijas, moscatel,  
ten ánimo; que aquí trae  
Fabia tu remedio. Toma.  
ALONSO: ¿Papel?  
FABIA: ¡Papel!  
ALONSO: No me engañes.  
FABIA: Digo que es suyo, en respuesta  
de tu amoroso romance.  
ALONSO: Hinca, Tello, la rodilla.  
TELLO: Sin leer no me lo mandes;  
que aun temo que hay palos dentro,  
pues en mondadientes caben.

*Lee*

ALONSO: "Cuidados de saber si sois quien presumo,  
y deseando que lo seáis, os suplico que  
vais esta noche a la reja del jardín de esta  
casa, donde hallaréis atado el listón verde  
de las chinelas, y ponéoslo mañana en el  
sombrero para que os conozca."

FABIA: ¿Qué te dice?  
ALONSO: Que no puedo  
pagarte ni encarecerte  
tanto bien.  
TELLO: De esta suerte  
no hay que ensillar para Olmedo.  
¿Oyen, señores rocines?  
Sosiéguese, que en Medina  
nos quedamos.  
ALONSO: La vecina  
noche, en los últimos fines  
con que va expirando el día,  
pone los helado pies.  
Para la reja de Inés  
aun importa bazaría;  
que podrá ser que el amor  
la llevase a ver tomar  
la cinta. Voyme a mudar.

*Vase*

TELLO: Y yo a dar a mi señor,  
Fabia, con licencia tuya,  
aderezo de sereno.

FABIA: Detente.

TELLO: Eso fuera bueno  
a ser la condición suya  
para vestirse sin mí.

FABIA: Pues bien le puedes dejar,  
porque me has de acompañar.

TELLO: ¿A ti, Fabia?

FABIA: A mí.

TELLO: ¿Yo?

FABIA: Sí;

que importa a la brevedad  
de este amor.

TELLO: ¿Qué es lo que quieres?

FABIA: Con los hombres, las mujeres  
llevamos seguridad.

Una muela he menester  
del salteador que ahorcaron  
ayer.

TELLO: Pues, ¿no le enterraron?

FABIA: No.

TELLO: Pues, ¿qué quieres hacer?

FABIA: Ir por ella, y que conmigo  
vayas solo a acompañarme.

TELLO: Yo sabré muy bien guardarme  
de ir a esos pasos contigo.

¿Tienes seso?

FABIA: Pues, gallina,  
adonde voy yo, ¿no irás?

TELLO: Tú, Fabia, enseñada estás  
a hablar al diablo.

FABIA: Camina.

TELLO: Mándame a diez hombres juntos  
temerario acuchillar,  
y no me mandes tratar  
en materia de difuntos.

FABIA: Si no vas, tengo de hacer  
que él propio venga a buscarte.

TELLO: ¿Que tengo de acompañarte?  
¿Eres demonio o mujer?  
FABIA: Ven, llevarás la escalera;  
que no entiendes de estos casos.  
TELLO: Quien sube por tales pasos,  
Fabia, el mismo fin espera.

***Vanse. Salen don RODRIGO y don FERNANDO, en  
hábito de noche***

FERNANDO: ¿De qué sirve inútilmente  
venir a ver esa casa?  
RODRIGO: Consuélese entre estas rejas,  
don Fernando, mi esperanza.  
Tal vez sus hierros guarnece  
cristal de sus manos blancas;  
donde las pone de día,  
pongo yo de noche el alma;  
que cuanto más doña Inés  
con sus desdenes me mata,  
tanto más me enciende el pecho,  
así su nieve me abrasa.  
¡Oh rejas, enternecidas  
de mi llanto, quién pensara  
que un ángel endureciera  
quien vuestros hierros ablanda!  
¡Oíd! ¿Qué es lo que está aquí?  
FERNANDO: En ellos mismos atada  
está una cinta o listón.  
RODRIGO: Sin duda las almas atan  
a estos hierros, por castigo  
de los que su amor declaran.  
FERNANDO: Favor fue de mi Leonor.  
Tal vez por aquí me habla.  
RODRIGO: Que no lo será de Inés  
dice mi desconfianza;  
pero en duda de que es suyo,  
porque sus manos ingratas  
pudieron ponerle acaso,  
basta que la fe me valga.  
Dadme el listón.  
FERNANDO: No es razón,  
si acaso Leonor pensaba  
saber mi cuidado así,

y no me le ve mañana.  
RODRIGO: Un remedio se me ofrece.  
FERNANDO: ¿Cómo?  
RODRIGO: Partirle.  
FERNANDO: ¿A qué causa?  
RODRIGO: A que las dos le vean,  
y sabrán con esta traza  
que hemos venido juntos.  
***Dividen el listón. Salen don ALONSO y  
TELLO, de noche***

FERNANDO: Gente por la calle pasa.  
TELLO: Llega de presto a la reja;  
mira que Fabia me aguarda  
para un negocio que tiene  
de grandísima importancia.  
ALONSO: ¿Negocio Fabia esta noche  
contigo?  
TELLO: Es cosa muy alta.  
ALONSO: ¿Cómo?  
TELLO: Yo llevo escalera,  
y ella...  
ALONSO: ¿Qué lleva?  
TELLO: Tenazas.  
ALONSO: Pues, ¿qué habéis de hacer?  
TELLO: Sacar  
una dama de su casa.  
ALONSO: Mira lo que haces, Tello;  
no entres adonde no salgas.  
TELLO: No es nada, por vida tuya.  
ALONSO: Una doncella, ¿no es nada?  
TELLO: Es la muela del ladrón  
que ahorcaron ayer.  
ALONSO: Repara  
en que acompañan la reja  
dos hombre.  
TELLO: ¿Si están de guarda?  
ALONSO: ¡Qué buen listón!  
TELLO: Ella quiso  
castigarte.  
ALONSO: ¿No buscara,  
si fui atrevido, otro estilo?  
Pues advierta que se engaña.

Mal conoce a don Alonso,  
que por excelencia llaman  
"el caballero de Olmedo."  
¡Vive Dios, que he de mostrarla  
a castigar de otra suerte  
a quien la sirve!

TELLO: No hagas  
algún disparate.

ALONSO: Hidalgos,  
en las rejas de esa casa  
nadie se arrima.

RODRIGO: ¿Qué es esto?

FERNANDO: Ni en el talle ni en el habla  
conozco este hombre.

RODRIGO: ¿Quién es  
el que con tanta arrogancia  
se atreve a hablar?

ALONSO: El que tiene  
por lengua, hidalgos, la espada.

RODRIGO: Pues hallará quien castigue  
su locura temeraria.

TELLO: Cierra, señor; que no son  
muelas que a difuntos sacan.

### ***Retírenlos***

ALONSO: No los sigas. Bueno está.

TELLO: Aquí se quedó una capa.

ALONSO: Cógela y ven por aquí;  
que hay luces en las ventanas.

### ***Vanse. Salen doña LEONOR, y doña INÉS***

INÉS: Apenas la blanca aurora,  
Leonor, el pie de marfil  
puso en las flores de abril,  
que pinta, esmalta y colora,  
cuando a mirar el listón  
salí, de amor desvelada,  
y con la mano turbada  
di sosiego al corazón.

En fin, él no estaba allí.  
LEONOR: Cuidado tuvo el galán.  
INÉS: No tendrá los que me dan  
sus pensamientos a mí.  
LEONOR: Tú, que fuiste el mismo hielo,  
¡en tan breve tiempo estás  
de esa suerte!  
INÉS: No sé más  
de que me castiga el cielo.  
O es venganza o es victoria  
de amor en mi condición.  
Parece que el corazón  
se me abrasa en su memoria.  
Un punto solo no puedo  
apartarla dél. ¿Qué haré?

***Sale don RODRIGO, con el listón verde en el  
sombrero***

RODRIGO: (Nunca, amor, imaginé **Aparte**  
que te sujetara el miedo.  
Animo para vivir;  
que aquí está Inés.) Al señor  
don Pedro busco.  
INÉS: Es error  
tan de mañana acudir;  
que no estará levantado.  
RODRIGO: Es un negocio importante.

***[Doña INÉS y doña LEONOR  
hablan aparte]***

INÉS: (No he visto tan necio amante.  
LEONOR: Siempre es discreto lo amado,  
y necio lo aborrecido.)  
RODRIGO: (¿Que de ninguna manera **Aparte**  
puedo agrandar una fiera  
ni dar memoria a su olvido?)  
INÉS: ¡Ay, Leonor! No sin razón  
viene don Rodrigo aquí,  
si yo misma le escribí  
que fuese por el listón.

LEONOR: Fabia este engaño te ha hecho.  
INÉS: Presto romperé el papel;  
que quiero vengarme en él  
de haber dormido en mi pecho.)

***Salen don PEDRO, su padre, y don FERNANDO con el  
listón verde en el sombrero***

FERNANDO: Hame puesto por tercero  
para tratarlo con vos.  
PEDRO: Pues hablaremos los dos  
en el concierto primero.  
FERNANDO: Aquí está; que siempre amor  
es reloj anticipado.  
PEDRO: Habrále Inés concertado  
con la llave del favor.  
FERNANDO: De lo contrario, se agravia.  
PEDRO: Señor, don Rodrigo...  
RODRIGO: Aquí  
vengo a que os sirváis de mí.

***Hablan bajo don PEDRO y los dos galanes.  
[Doña INÉS y doña LEONOR hablan  
aparte]***

INÉS: (Todo fue enredo de Fabia.  
LEONOR: ¿Cómo?  
INÉS: ¿No ves que también  
trae el listón don Fernando?  
LEONOR: Si en los dos le estoy mirando,  
entrambos te quieren bien.  
INÉS: Sólo falta que me pidas  
celos, cuando estoy sin mí.  
LEONOR: ¿Qué quieren tratar aquí?  
INÉS: ¿Ya la palabras olvidas  
que dijo mi padre ayer  
en materia de casarme?  
LEONOR: Luego bien puede olvidarme  
Fernando, si él viene a ser.  
INÉS: Antes presumo que son  
entrambos los que han querido  
casarse, pues han partido



entre los dos el listón.)

PEDRO: Ésta es materia que quiere secreto y espacio. Entremos donde mejor la tratemos.

RODRIGO: Como yo ser vuestro espere, no tengo más que tratar.

PEDRO: Aunque os quiero enamorado de Inés, para el nuevo estado, quien soy os ha de obligar.

***Vanse los tres [hombres]***

INÉS: ¡Qué vana fue mi esperanza!

¡Qué loco mi pensamiento!

¡Yo papel a don Rodrigo!

¿Y tú de Fernando celos!

¡Oh forastero enemigo!

¡Oh Fabia embustera!

***Sale FABIA***

FABIA: Quedo;

que lo está escuchando Fabia.

INÉS: Pues, ¿cómo, enemiga, has hecho un enredo semejante?

FABIA: Antes fue tuyo el enredo, si en aquel papel escribes que fuese aquel caballero por un listón de esperanza a las rejas de tu huerto, y el ella pones dos hombres que le maten, aunque pienso que a no se haber retirado pagaran su loco intento.

INÉS: ¡Ay, Fabia! Ya que contigo llevo a declarar mi pecho, ya que a mi padre, a mi estado y a mi honor pierdo el respeto, dime, ¿es verdad lo que dices? Que siendo así, los que fueron a la reja le tomaron, y por favor se le han puesto.

De suerte estoy, madre mía,  
que no puedo hallar sosiego  
si no es pensando en quien sabes.  
FABIA: (¡Oh, qué bravo efecto hicieron **Aparte**  
los hechizos y conjuros!  
La victoria me prometo.)  
No te desconsueles, hija;  
vuelve en ti, que tendrás presto  
estado con el mejor  
y más noble caballero  
que agora tiene Castilla;  
porque será por lo menos  
el que por único llaman  
"el caballero de Olmedo."  
Don Alonso en un feria  
te vio, labradora Venus,  
haciendo las cejas arco  
y flechas los ojos bellos.  
Disculpa tuvo en seguirte,  
porque dicen los discretos  
que consiste la hermosura  
en ojos y entendimiento.  
En fin, en las verdes cintas  
de tus pies llevastes presos  
los suyos; que ya el amor  
no prende por los cabellos.  
Él te sirve, tú le estimas;  
él te adora, tú le has muerto;  
él te escribe, tú respondes;  
¿quién culpa amor tan honesto?  
Para él tienen sus padres,  
porque es único heredero,  
diez mil ducados de renta;  
y aunque es tan mozo, son viejos.  
Déjate amar y servir  
del más noble, del más cuerdo  
caballero de Castilla,  
lindo talle, lindo ingenio.  
El rey en Valladolid  
grandes mercedes le ha hecho,  
porque él solo honró las fiestas  
de su real casamiento,  
Cuchilladas y lanzadas  
dio en los toros como un Héctor;

treinta precios dio a las damas  
en sortijas y torneos.

Armado parece Aquiles  
mirando de Troya el cerco;  
con galas parece Adonis...

¡Mejor fin le den los cielos!  
Vivirás bien empleada  
en un marido discreto.  
¡Desdichada de la dama  
que tiene marido necio!

INÉS: ¡Ay, madre! Vuévesme loca.  
Pero, ¡triste!, ¿cómo puedo  
ser suya, si a don Rodrigo  
me da mi padre don Pedro?  
Él y don Fernando están  
tratando mi casamiento.

FABIA: Los dos haréis nulidad  
la sentencia de ese pleito.

INÉS: Está don Rodrigo allí.

FABIA: Esto no te cause miedo,  
pues es parte y no jüez.

INÉS: Leonor, ¿no me das consejo?

LEONOR: ¿Y estás tú para tomarle?

INÉS: No sé; pero no tratemos  
en público de estas cosas.

FABIA: Déjame a mí tu suceso.

Don Alonso ha de ser tuyo;  
que serás dichosa espero  
con hombre que es en Castilla  
"la gala de Medina,  
la flor de Olmedo."

## Fin del Primer Acto

## Acto Segundo

*Salen TELLO y don ALONSO*

ALONSO: Tengo el morir por mejor,

Tello, que vivir sin ver

TELLO: Temo que se ha de saber

este tu secreto amor;

que con tanto ir y venir

de Olmedo a Medina, creo

que a los dos da tu deseo

que sentir, y aun que decir.

ALONSO: ¿Cómo puedo yo dejar

de ver a Inés, si la adoro?

TELLO: Guardándole más decoro

en el venir y el hablar;

que en ser a tercero día,

pienso que te dan, señor,

tercias de amor.

ALONSO: Mi amor

ni está ocioso, ni ese enfría.

Siempre abrasa, y no permite

que esfuerce naturaleza

un instante su flaqueza,

porque jamás se remite.

Mas bien se ve que es león

amor; su fuerza, tirana;

pues que con esta quartana

se amansa mi corazón.

Es esta ausencia una calma

de amor, porque si estuviera

adonde siempre a Inés viera,

fuera salamandra el alma.

TELLO: ¿No te cansa y te amohina

tanto entrar, tanto partir?

ALONSO: Pues yo, ¿qué hago en venir,

Tello, de Olmedo a Medina?

Leandro pasaba un mar

todas las noches, por ver

si le podía beber

para poderse templar;

pues si entre Olmedo y Medina

no hay, Tello, un mar, ¿qué me debe

Inés?

TELLO: A otro mar se atreve  
quien al peligro camina  
en que Leandro se vio,  
pues a don Rodrigo veo  
tan cierto de tu deseo  
como puedo estarlo yo;  
que como yo no sabía  
cuya aquella capa fue  
un día que la saqué...

ALONSO: ¡Gran necedad!

TELLO: ...como mía,  
me preguntó, "Diga, hidalgo,  
¿quién esta capa le dio?.  
porque la conozco yo."

Respondí, "Si os sirve en algo,  
daréla a un criado vuestro."

Con esto, descolorido,  
dijo, "Habíale perdido  
de noche un lacayo nuestro;  
pero mejor empleada  
está en vos. Guardadla bien."

Y fuése a medio desdén,  
puesta la mano en la espada.

Sabe que te sirvo, y sabe  
que la perdió con los dos.

Advierte, señor, por Dios,  
que toda esta gente es grave,  
y que están en su lugar,  
donde todo gallo canta.

Sin esto, también me espanta  
ver este amor comenzar  
por tantas hechicerías,  
y que cercos y conjuros  
no son remedios seguros  
si honestamente porfías.

Fui con ella, que no fuera,  
a sacar de un ahorcado  
una muela; puse a un lado,  
como Arlequín, la escalera.

Subió Fabia, quedé al pie,  
y díjome el salteador;  
"Sube, Tello, sin temor,  
o si no, yo bajaré."

¡San Pablo! Allí me caí.  
 Tan sin alma vine al suelo,  
 que fue milagro del cielo  
 el poder volver en mí.  
 Bajó, desperté turbado  
 y de mirarme afligido,  
 porque, sin haber llovido  
 estaba todo mojado.

ALONSO: Tello, un verdadero amor  
 en ningún peligro advierte.  
 Quiso mi contraria suerte  
 que hubiese competidor,  
 y que trate, enamorado,  
 casarse con doña Inés;  
 pues, ¿qué he de hacer, si me ves  
 celoso y desesperado?  
 No creo en hechicerías,  
 que todas son vanidades;  
 quien concierta voluntades  
 son méritos y porfías.  
 Inés me quiere, yo adoro  
 a Inés, yo vivo en Inés;  
 todo lo que Inés no es  
 desprecio, aborrezco, ignoro.  
 Inés es mi bien; yo soy  
 esclavo de Inés; no puedo  
 vivir sin Inés; de Olmedo  
 a Medina vengo y voy.  
 porque Inés mi dueña es  
 para vivir o morir.

TELLO: Sólo te falta decir,  
 "Un poco te quiero Inés."  
 ¡Plega a Dios que por bien sea!

ALONSO: Llama, que es hora.  
 TELLO: Ya voy.

***Llama en casa de don PEDRO. ANA y doña  
 INÉS, dentro de la casa***

ALONSO: ¿Quién es?  
 TELLO: ¡Tan presto! Yo soy.  
 ¿Está en casa Melibea?  
 Que viene Calisto aquí.

ANA: Aguarda un poco Sempronio.

TELLO: ¿Si haré falso testimonio?

INÉS: ¿Él mismo?

ANA: Señora, sí.

***Abrase la puerta y entran don ALONSO y TELLO en casa de don PEDRO***

INÉS: ¡Señor mío!

ALONSO: Bella Inés,  
esto es venir a vivir.

TELLO: Agora no hay que decir,  
"Yo te lo diré después."

INÉS: ¡Tello, amigo!

TELLO: ¡Reina mía!

INÉS: Nunca, Alonso de mis ojos,  
por haberme dado enojos  
esta ignorante porfía  
de don Rodrigo esta tarde  
he estimado que me vieses.

[. . . . .  
. . . . .]

ALONSO: Aunque fuerza de obediencia  
te hiciese tomar estado  
no he de estar desengañado  
hasta escuchar la sentencia.

Bien el alma me decía,  
y a Tello se lo contaba  
cuando el caballo sacaba,  
y el sol los que aguarda el día,  
que de alguna novedad  
procedía mi tristeza,  
viniendo a ver tu belleza,  
pues me dices que es verdad.

¡Ay de mí si ha sido así!

INÉS: No lo creas, porque yo  
diré a todo el mundo no,  
después que te dije sí.

Tú solo dueño has de ser  
de mi libertad y vida;  
no hay fuerza que el ser impida,  
don Alonso, tu mujer.

Bajaba al jardín ayer,  
y como por don Fernando  
me voy de Leonor guardando,  
a las fuentes, a las flores  
estuve diciendo amores,  
y estuve también llorando.  
"Flores y aguas, les decía,  
dichosa vida gozáis,  
pues aunque noche pasáis,  
veis vuestro sol cada día."  
Pensé que me respondía  
la lengua de una azucena  
--¡qué engaños amor ordena!--  
"Si el sol que adorando estás  
viene de noche, que es más,  
Inés, ¿de qué tienes pena?"  
TELLO: Así dijo a un ciego un griego  
que le contó mil disgustos,  
"Pues tiene la noche gustos,  
para qué te quejas, ciego?"  
INÉS: Como mariposa llevo  
a estas horas, deseosa  
de tu luz... no mariposa,  
fénix ya, pues de una suerte  
me da vida y me da muerte  
llama tan dulce y hermosa.  
ALONSO: ¡Bien haya el coral, amén,  
de cuyas hojas de rosas,  
palabras tan amorosas  
salen a buscar mi bien!  
Y advierte que yo también,  
cuando con Tello no puedo,  
mis celos, mi amor, mi miedo  
digo en tu ausencia a la flores.  
TELLO: Yo le vi decir amores  
a los rábanos de Olmedo;  
que un amante suele hablar  
con las piedras, con el viento.  
ALONSO: No puede mi pensamiento  
ni estar solo ni callar;  
contigo, Inés, ha de estar,  
contigo hablar y sentir.  
¡Oh, quién supiera decir  
lo que te digo en ausencia!



Pero estando en tu presencia  
aun se me olvida el vivir.  
Por el camino le cuento  
tus gracias a Tello, Inés,  
y celebramos después  
tu divino entendimiento.  
Tal gloria en tu nombre siento,  
que una mujer recibí  
de tu nombre, porque así,  
llamándola todo el día,  
pienso, Inés, señora mía,  
que te estoy llamando a ti.

TELLO: Pues advierte, Inés discreta,  
de los dos tan nuevo efeto,  
que a él le has hecho discreto,  
y a mí me has hecho poeta.  
Oye una glosa a un estribo  
que compuso don Alonso  
a manera de responso,  
si los hay en muerto vivo.

"En el valle a Inés  
le dejé riendo.  
Si la ves, Andrés,  
dile cuál me ves  
por ella muriendo."

INÉS: ¿Don Alonso la compuso?  
TELLO: Que es buena, jurarte puedo,  
para poeta de Olmedo.  
Escucha.  
ALONSO: Amor lo dispuso.

TELLO: Andrés, después que las bellas  
plantas de Inés goza el valle,  
tanto florece con ellas  
que quiso el cielo trocalle  
por sus flores sus estrellas.  
Ya el valle es cielo, después  
que su primavera es,  
pues verá el cielo en el suelo  
quien vio, pues, Inés es cielo,  
"en el valle a Inés."

Con miedo y respeto estampo  
el pie donde el suyo huella.  
Que ya Medina del Campo  
no quiere aurora más bella  
para florecer su campo.  
Yo la vi de amor huyendo,  
cuanto miraba matando,  
su mismo desdén venciendo  
y aunque me partí llorando,  
"la dejé riendo."  
Dile, Andrés, que ya me veo  
muerto por volverla a ver,  
aunque cuando llegues, creo  
que no será menester;  
que me habrá muerto el deseo.  
No tendrás que hacer después  
que a sus manos vengativas  
llegues, si una vez la ves,  
ni aun es posible que vivas  
"si la ves, Andrés."  
Pero si matarte olvida  
por no hacer caso de ti,  
dile a mi hermosa homicida  
que por qué se mata en mí,  
pues que sabe que es mi vida.  
Dile, "Crüel, no le des  
muerte si vengada estás,  
y te ha de pesar después."  
Y pues no me has de ver más,  
"dile cuál me ves."  
Verdad es que se dilata  
el morir, pues con mirar  
vuelve a dar vida la ingrata,  
y así se cansa en matar,  
pues da vida a cuantos mata;  
pero muriendo o viviendo,  
no me pienso arrepentir  
de estarla amando y sirviendo;  
que no hay bien como vivir  
"por ella muriendo."

INÉS: Si es tuya, notablemente  
te has alargado en mentir  
por don Alonso.

ALONSO: Es decir,  
que mi amor en versos miente.  
Pues, señora, ¿qué poesía  
llegará a significar  
mi amor?

INÉS: ¡Mi padre!

ALONSO: ¿Ha de entrar?

INÉS: Escondéos.

ALONSO: ¿Dónde?

***Ellos se entran, y sale don PEDRO***

PEDRO: Inés mía,  
¡agora por recoger!

¿Cómo no te has acostado?

INÉS: Rezando, señor, he estado,  
por lo que dijiste ayer,  
rogando a Dios que me incline  
a lo que fuere mejor.

PEDRO: Cuando para ti mi amor  
imposible imagine,  
no pudiera hallar un hombre  
como don Rodrigo, Inés.

INÉS: Así dicen todos que es  
de su buena fama el nombre;  
y habiéndome de casar,  
ninguno en Medina hubiera,  
ni en Castilla, que pudiera  
sus méritos igualar.

PEDRO: ¿Cómo habiendo de casarte?

INÉS: Señor, hasta ser forzoso  
decir que ya tengo esposo,  
no he querido disgustarte.

PEDRO: ¡Esposo! ¿Qué novedad  
es ésta, Inés?

INÉS: Para ti  
será novedad; que en mí  
siempre fue mi voluntad.

Y ya, que estoy declarada,  
hazme mañana cortar  
un hábito, para dar  
fin a esta gala excusada;  
que así quiero andar, señor,

mientras me enseñan latín.  
Leonor te queda, que al fin  
te dará nieto Leonor.

Y por mi madre te ruego  
que en esto no me repliques,  
sino que medios apliques  
e mi elección y sosiego.

Haz buscar una mujer  
de buena y santa opinión,  
que me dé alguna lición  
de lo que tengo de ser,  
y un maestro de cantar,  
que de latín sea también.

PEDRO: ¿Eres tú quien habla, o quién?

INÉS: Esto es hacer, no es hablar.

PEDRO: Por una parte, mi pecho  
se enternece de escucharte,  
Inés, y por otra parte,  
de duro mármol le has hecho.

En tu verdad edad mi vida  
esperaba sucesión;  
pero si esto es vocación,  
no quiera Dios que lo impida.

Haz tu gusto, aunque tu celo  
en esto no intenta el mío;  
que ya sé que el albedrío  
no presta obediencia al cielo.

Pero porque suele ser  
nuestro pensamiento humano  
tan vez inconstante y vano,  
y en condición de mujer,  
que es fácil de persuadir,  
tan poca firmeza alcanza,  
que hay de mujer a mudanza  
lo que de hacer a decir,  
mudar las galas no es justo,  
pues no pueden estorbar  
a leer latín o cantar,  
ni a cuanto fuere tu gusto.

Viste alegre y cortesana;  
que no quiero que Medina,  
si hoy te admirare divina,  
mañana te burle humana.

Yo haré buscar la mujer

y quien te enseñe latín,  
pues a mejor padre, en fin,  
es más justo obedecer.  
Y con esto, adiós te queda;  
que para no darte enojos,  
van a esconderse mis ojos  
adonde llorar te pueda.

**Vase, y salgan don ALONSO y TELLO**

INÉS: Pésame de haberte dado  
disgusto.

ALONSO: A mí no me pesa,  
por el que me ha dado el ver  
que nuestra muerte conciertas.  
¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste  
en tal desdicha, en tal pena,  
tan breve remedio?

INÉS: Amor  
en los peligros enseña  
una luz por donde el alma  
posibles remedio vea.

ALONSO: Éste, ¿es remedio posible?

INÉS: Como yo agora le tenga  
para que este don Rodrigo  
no llegue al fin que desea  
bien sabes que breves males  
la dilación los remedia;  
que no dejan esperanza  
si no hay segunda sentencia.

TELLO: Dice bien, señor; que en tanto  
que doña Inés cante y lea,  
podéis dar orden los dos  
para que os valga la Iglesia.

Sin esto, desconfiado  
don Rodrigo, no hará fuerza  
a don Pedro en la palabra,  
pues no tendrá por ofensa  
que le deje doña Inés  
por quien dice que le deja.

También es linda ocasión  
para que yo vaya en vengas  
con libertad a esta casa.

ALONSO: ¡Libertad! ¿De qué manera?

TELLO: Pues ha de leer latín,

¿no será fácil que pueda  
 ser yo quien venga a enseñarla?  
 Y verás, ¡con qué destreza  
 le enseño a leer tus cartas!  
 ALONSO: ¡Qué bien me remedio piensas!  
 TELLO: Y aún pienso que podrá Fabia  
 servirte en forma de dueña,  
 siendo al santa mujer  
 que con su falsa apariencia  
 venga a enseñarla.  
 INÉS: Bien dices;  
 Fabia será mi maestra  
 de virtudes y costumbres.  
 TELLO: ¡Y qué tales serán ellas!  
 ALONSO: Mi bien, yo temo que el día,  
 que es amor dulce materia  
 para no sentir las horas,  
 que por los amantes vuelan,  
 nos halle tan descuidados,  
 que al salir de aquí me vean,  
 o que sea fuerza quedarme.  
 ¡Ay Dios! ¿Qué dichosa fuerza!  
 Medina a la Cruz de Mayo  
 hace sus mayores fiestas.  
 Yo tengo que prevenir,  
 que, como sabes, se acercan;  
 que, fuera de que en la plaza  
 quiero que galán me veas,  
 de Valladolid me escriben  
 que el rey don Juan viene a verlas;  
 que en los montes de Toledo  
 le pide que se entretenga  
 el condestable estos días,  
 porque en ellos convalezca,  
 y de camino, señora,  
 que honre esta villa le ruega;  
 y así, es razón que le sirva  
 la nobleza de esta tierra.  
 Guárdete el cielo, mi bien.  
 INÉS: Espera; que a abrir la puerta  
 es forzoso que yo vaya.  
 ALONSO: ¡Ay, luz! ¡Ay, aurora necia,  
 de todo amante envidiosa!  
 TELLO: Ya no aguardéis que amanezca.

ALONSO: ¿Cómo?

TELLO: Porque ya es de día.

ALONSO: Bien dices, si a Inés me muestras.

Pero, ¿cómo puede ser,

Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO: Tú vas despacio, él aprisa;  
apostaré que te quedas.

***Vanse. Salen don RODRIGO y don FERNANDO***

RODRIGO: Muchas veces había reparado,  
don Fernando, en aqueste caballero,  
del corazón solícito avisado.

El talle, el grave rostro, lo severo,  
celoso me obligaban a miralle.

FERNANDO: Efetos son de amante verdadero;  
que en viendo otra persona de buen talle,  
tiene temor que si le ve su dama,  
será posible o fuerza codicialle.

RODRIGO: Bien es verdad que él tiene tanta fama,  
que por más que en Medina se encubría,  
el mismo aplauso popular le aclama.  
Vi, como os dije, aquel mancebo un día  
que la capa perdida en la pendencia  
contra el valor de mi opinión traía.

Hice secretamente diligencia  
después de hablarle, y satisfecho quedo,  
que tiene esta amistad correspondencia.  
Su dueño es don Alonso, aquel de Olmedo,  
alanceador galán y cortesano,  
de quien hombres y toros tienen miedo.

Pues si éste sirve a Inés, ¿qué intento en vano?

O cómo quiero yo, si ya le adora,  
que Inés me mire con semblante humano?

FERNANDO: ¿Por fuerza ha de quererle?

RODRIGO: Él la enamora,  
y merece, Fernando, que le quiera.  
¿Qué he de pensar, si me aborrece agora?

FERNANDO: Son celos, don Rodrigo, una quimera  
que se forma de envidia, viento y sombra,  
con que lo incierto imaginado altera,  
una fantasma que de noche asombra,  
un pensamiento que a locura inclina,

y una mentira que verdad se nombra.  
 RODRIGO: Pues, ¿cómo tantas veces a Medina  
 viene y va don Alonso? ¿Y a qué efeto  
 es cédula de noche en una esquina?  
 Yo me quiero casar; vos sois discreto;  
 ¿qué consejo me dais, si no es matalle?  
 FERNANDO: Yo hago diferente mi conceto;  
 que ¿cómo puede doña Inés amalle,  
 si nunca os quiso a vos?  
 RODRIGO: Porque es respuesta  
 que tiene mayor dicha y mejor talle.  
 FERNANDO: Mas porque doña Inés es tan honesta,  
 que aun la ofendéis con nombre de marido.  
 RODRIGO: Yo he de matar a quien vivir me cuesta  
 en su desgracia, porque tanto olvido  
 no puede proceder de honesto intento.  
 Perdí la capa y perderé el sentido.  
 FERNANDO: Antes, dejarla a don Alonso, siento  
 que ha sido como echársela en los ojos.  
 Ejecutad, Rodrigo, el casamiento,  
 llévese don Alonso los despojos  
 y la victoria vos.  
 RODRIGO: Mortal desmayo  
 cubre mi amor de celos y de enojos.  
 FERNANDO: Salid galán para la Cruz de Mayo,  
 que yo saldré con vos; pues el rey viene,  
 las sillas piden el castaño y bayo.  
 Menos aflige el mal que se entretiene.  
 RODRIGO: Si viene don Alonso, ya Medina  
 ¿qué competencia con Olmedo tiene?  
 FERNANDO: ¿Qué loco estáis!  
 RODRIGO: Amor me desatina.

***Vanse. Salen don PEDRO, doña INÉS  
 [vestida en hábito], y doña LEONOR***

PEDRO: No porfíes.  
 INÉS: No podrás  
 mi propósito vencer.  
 PEDRO: Hija, ¿qué quieres hacer,  
 que tal veneno me das?  
 Tiempo te queda...  
 INÉS: Señor,



¿que importa el hábito pardo  
si para siempre le aguardo?

LEONOR: Necia estás.

INÉS: Calla, Leonor.

LEONOR: Por lo menos estas fiestas  
has de ver con galas.

INÉS: Mira

que quien por otras suspira,  
ya no tiene el gusto en éstas.

Galas celestiales son  
las que ya mi vida espera.

PEDRO: ¿No basta que yo lo quiera?

INES: Obedecerte es razón.

***Sale FABIA, con rosario y báculo y  
antojos***

FABIA: Paz sea en aquesta casa.

PEDRO: Y venga con vos.

FABIA: ¿Quién es  
la señora doña Inés,  
que con el Señor se casa?  
¿Quién es aquella que ya  
tiene su esposo elegida,  
y como a prenda querida  
esos impulsos le da?

PEDRO: Madre honrada, ésta que ves,  
y yo su padre.

FABIA: Que sea  
muchos años, y ella vea  
el dueño que vos no veis.  
Aunque en el Señor espero  
que os ha de obligar piadoso  
a que aceptéis tal esposo,  
que es muy noble caballero.

PEDRO: ¡Y cómo, madre, si lo es!

FABIA: Sabiendo que anda a buscar  
quien venga a morigerar  
los verdes años de Inés,  
quien la guíe, quien la muestre  
las sémitas del Señor,  
y al camino del amor  
como a principianta adiestre,

hice oración en verdad,  
y tal impulso me dio,  
que vengo a ofrecerme yo  
para esta necesidad,  
aunque soy gran pecadora.  
PEDRO: ¿Ésta es la mujer, Inés,  
que has menester?  
INÉS: Ésta es  
la que he menester agora.  
Madre, abrázame.  
FABIA: Quedito,  
que el cilicio me hace mal.  
PEDRO: No he visto humildad igual.  
LEONOR: En el rostro trae escrito  
lo que tiene el corazón.  
FABIA: ¡Oh, qué gracia! ¡Oh, qué belleza!  
Alcance tu gentileza  
mi deseo y bendición.  
¿Tienes oratorio?  
INÉS: Madre,  
comienzo a ser buena agora.  
FABIA: Como yo soy pecadora,  
estoy temiendo a tu padre.  
PEDRO: No le pienso yo estorbar  
tan divina pecadora.  
FABIA: En vano, infernal dragón,  
la pensabas devorar.  
No ha de casarse en Medina;  
monasterio tiene Olmedo;  
*Domine, si tanto puedo,  
ad juvandum me festina.*  
PEDRO: Un ángel es la mujer.

***TELLO, de gorrón, [habla dentro]***

TELLO: Si con sus hijas está,  
yo sé que agradecerá  
que yo me venga a ofrecer.

***Sale [TELLO]***

El maestro que buscáis

está aquí, señor don Pedro,  
para latín y otras cosas,  
que dirán después su efecto.  
Que buscáis un estudiante  
en la iglesia me dijeron,  
porque ya de esta señora  
se sabe el honesto intento.  
Aquí he venido a serviros,  
puesto que soy forastero,  
si valgo para enseñarla.  
PEDRO: Ya creo y tengo por cierto,  
viendo que todo se junta,  
que fue voluntad del cielo.  
En casa puede quedarse  
la madre, y este mancebo  
venir a darte lición.  
Concertadlo, mientras vuelvo,  
las dos..

#### **A TELLO**

¿De dónde es, galán?  
TELLO: Señor, soy calahorreño.  
PEDRO: ¿Su nombre?  
TELLO: Martín Pelaez.  
PEDRO: Del Cid debe de ser deudo.  
¿Dónde estudió?  
TELLO: En la Coruña,  
y soy por ella maestro.  
PEDRO: ¿Ordenóse?  
TELLO: Sí, señor,  
de vísperas.  
PEDRO: Luego vengo.

#### **Vase**

TELLO: ¿Eres Fabia?  
FABIA: ¿No lo ves?  
LEONOR: ¿Y tú Tello?  
INÉS: ¡Amigo Tello!  
LEONOR: ¿Hay mayor bellaquería?  
INÉS: ¿Qué hay de don Alonso?

TELLO: ¿Puedo  
fiar de Leonor?

INÉS: Bien puedes.

LEONOR: Agraviara Inés mi pecho  
y mi amor, si me tuviera  
su pensamiento encubierto.

TELLO: Señora, para servirte  
está don Alonso bueno,  
para las fiestas de mayo,  
tan cerca ya, previniendo  
galas, caballos, jaeces,  
lanza y rejonos; que pienso  
que ya le tiemblan los toros.  
Una adarga habemos hecho,  
si se conciertan las cañas,  
como de mi raro ingenio.

Allá le verás, en fin.

INÉS: ¿No me ha escrito?

TELLO: Soy un necio.

Ésta, señora es la carta.

INÉS: Bésola de porte y leo.

***Don PEDRO [habla dentro]***

PEDRO: Pues por el coche, si está  
malo el alazán.

***Sale***

¿Qué es esto?

***[Tello habla] aparte a doña INÉS***

TELLO: ¡Tu padre! Haz que lees, y yo  
haré que latín te enseñe.)

*Dominus...*

INÉS: *Dominus...*

TELLO: Diga.

INÉS: ¿Cómo más?

TELLO: *Dominus meus.*

INÉS: *Dominus meus.*

TELLO: Ansí,  
poco a poco irá leyendo.

PEDRO: ¿Tan presto tomas lición?

INÉS: Tengo notable deseo.

PEDRO: Basta; que a decir, Inés,  
me envía el ayuntamiento  
que salga a las fiestas yo.

INÉS: Muy discretamente han hecho,  
pues viene a la fiesta el rey.

PEDRO: Pues sea con un concierto  
que has de verlas con Leonor.

INÉS: Madre, dígame si puedo  
verlas sin pecar.

FABIA: ¿Pues no?

No escrupulices en eso  
como algunos tan mirlados,  
que piensan, de circunspectos,  
que en todo ofenden a Dios,  
y olvidados de que fueron  
hijos de otros como todos,  
cualquiera entretenimiento  
que los trabajos olvide  
tienen por notable exceso.

Y aunque es justo moderarlos,  
doy licencia, por lo menos  
para estas fiestas, por ser  
*jugatoribus paternos.*

PEDRO: Pues vamos; que quiero dar  
dineros a tu maestro,  
y a la madre para un manto.

FABIA: A todas cubra el del cielo,  
y vos, Leonor, ¿no seréis  
como vuestra hermana presto?

LEONOR: Sí, madre, porque es muy justo  
que tome tan santo ejemplo.

***Vanse. Sale el REY don Juan, con  
acompañamiento, y el CONDESTABLE***

REY: No me traigáis al partir  
negocios que despachar.

CONDESTABLE: Contienen sólo firmar;  
no has de ocuparte en oír.

REY: Decid con mucha presteza.

CONDESTABLE: ¿Han de entrar?  
REY: Agora no.  
CONDESTABLE: Su santidad concedió  
lo que pidió vuestra alteza  
por Alcántara, señor.  
REY: Que mudase le pedí  
el hábito porque así  
pienso que estará mejor.  
CONDESTABLE: Era aquel traje muy feo.  
REY: Cruz verde pueden traer.  
Mucho debo agradecer  
al pontífice el deseo  
que de nuestro aumento muestra,  
con que irán siempre adelante  
estas cosas del infante  
en cuanto es de parte nuestra.  
CONDESTABLE: Éstas son dos provisiones,  
y entrambas notables son.  
REY: ¿Qué contienen?  
CONDESTABLE: La razón  
de diferencia que pones  
entre los moros y hebreos  
que en Castilla han de vivir.  
REY: Quiero con esto cumplir,  
Condestable, los deseos  
de fray Vicente Ferrer,  
que lo ha deseado tanto.  
CONDESTABLE: Es un hombre docto y santo.  
REY: Resolví con él ayer  
que en cualquiera reino mío  
donde mezclados están,  
a manera de gabán  
traiga un tabardo el judío  
con una señal en él,  
y un verde capuz el moro.  
Tenga el cristiano el decoro  
que es justo; apártese dél;  
que con esto tendrán miedo  
los que su nobleza infaman.  
CONDESTABLE: A don Alonso, que llaman  
"el caballero de Olmedo."  
hace vuestra alteza aquí  
merced de un hábito.  
REY: Es hombre

de notable fama y nombre.

En esta villa le vi  
cuando se casó mi hermana.

CONDESTABLE: Pues pienso que determina,  
por servirte, ir a Medina  
a las fiestas de mañana.

REY: Decidle que fama emprenda  
en el arte militar,  
porque yo le pienso honrar  
con la primera encomienda.

***Vanse. Sale don ALONSO***

ALONSO: ¡Ay, riguroso estado,  
ausencia mi enemiga,  
que dividiendo el alma,  
puedes dejar la vida!  
¡Cuán bien por tus efetos  
te llaman muerte viva,  
pues das vida al deseo,  
y matas a la vista!  
¡Oh, cuán piadosa fueras,  
si al partir de Medina  
la vida me quitaras  
como el alma me quitas!  
En ti, Medina, vive  
aquella Inés divina,  
que es honra de la corte  
y gloria de la villa.  
Sus alabanzas cantan  
las aguas fugitivas,  
las aves que la escuchan,  
las flores que la imitan.  
Es tan bella, que tiene  
envidia de sí misma,  
pudiendo estar segura  
que el mismo sol la envidia,  
pues no la ve más vella  
por su dorada cinta,  
ni cuando viene a España,  
ni cuando va a las Indias.  
Yo merecí quererla.  
¡Dichosa mi osadía!

Que es merecer sus penas  
 calificar mis dichas.  
 Cuando pudiera verla,  
 adorarla y servirla,  
 la fuerza del secreto  
 de tanto bien me priva.  
 Cuando mi amor no fuera  
 de fe tan pura y limpia,  
 las perlas de sus ojos  
 mi muerte solicitan.  
 Llorando por mi ausencia  
 Inés quedó aquel día,  
 que sus lágrimas fueron  
 de sus palabras firma.  
 Bien sabe aquella noche  
 que pudiera ser mía.  
 Cobarde amor, ¿qué aguardas,  
 cuando respetos miras?  
 ¡Ay, Dios, qué gran desdicha,  
 partir el alma y dividir la vida!

**Sale TELLO**

TELLO: ¿Merezco ser bien llegado?  
 ALONSO: No sé si diga que sí;  
 que me has tenido sin mí  
 con lo mucho que has tardado.  
 TELLO: Si por tu remedio ha sido,  
 ¿en qué me puedes culpar?  
 ALONSO: ¿Quién me puede remediar,  
 si no es a quien yo le pido?  
 ¿No me escribe Inés?  
 TELLO: Aquí  
 te traigo cartas de Inés.  
 ALONSO: Pues hablarásme después  
 en lo que has hecho por mí.

**Lea**

"Señor mío, después que os partistes no  
 he vivido; que sois tan cruel, que aun  
 no me dejáis vida cuando os vais."



TELLO: ¿No lees más?

ALONSO: No.

TELLO: ¿Por qué?

ALONSO: Porque manjar tan süave  
de una vez no se me acabe.

Hablemos de Inés.

TELLO: Llegué  
con media sotana y guantes;  
que parecía de aquellos  
que hacen en solos los cuellos  
ostentación de estudiantes.

Encajé salutación,  
verbosa filatería,  
dando a la bachillería  
dos piensos de discreción;  
y volviendo el rostro, vi  
a Fabia...

ALONSO: Espera, que leo  
otro poco; que el deseo  
me tiene fuera de mí.

*Lea*

"Todo lo que dejastes ordenado se hizo;  
sólo no se hizo que viviese yo sin vos,  
porque no lo dejastes ordenado."

TELLO: ¿Es aquí contemplación?

ALONSO: Dime cómo hizo Fabia  
lo que dice Inés.

TELLO: Tan sabia  
y con tanta discreción,  
melindre e hipocresía,  
que me dieron que temer  
algunos que suelo ver  
cabizbajo todo el día.  
De hoy más quedaré advertido  
de lo que se ha de creer  
de una hipócrita mujer  
y un ermitaño fingido.  
Pues si me vieras a mí  
con el semblante mirlado,

dijeras que era traslado  
de un reverendo alfaquí.  
Creyóme el viejo, aunque en él  
se ve de un Catón retrato.  
ALONSO: Espera; que ha mucho rato  
que no he mirado el papel.

*Lea*

"Daos prisa a venir, para que sepáis cómo  
quedo cuando os partís, y cómo estoy  
cuando volvéis."

TELLO: ¿Hay otra estación aquí?

ALONSO: En fin, ¡tú hallaste lugar  
para entrar y para hablar?

TELLO: Estudiaba Inés en ti;  
que eras el latín, señor,  
y la lición que aprendía.

ALONSO: Leonor, ¿qué hacía?

TELLO: Tenía  
envidia de tanto amor,  
porque se daba a entender  
que de ser amado eres  
digno; que muchas mujeres  
quieren porque ven querer.  
Que en siendo un hombre querido  
de alguna con grande afeto,  
piensan que hay algún secreto  
en aquel hombre escondido.

Y engáñanse, porque son  
correspondencias de estrellas.

ALONSO: Perdonadme, manos bellas,  
que leo el postrer renglón.

*Lea*

"Dicen que viene el rey a Medina, y dicen  
verdad, pues habéis de venir vos, que  
sois rey mío."

Acabóse el papel.

TELLO: Todo en el mundo se acaba.  
ALONSO: Poco dura el bien.  
TELLO: En fin,  
le has leído por jornadas.  
ALONSO: Espera, que aquí a la margen  
vienen dos o tres palabras.

*Lea*

"Poneos esa banda al cuello,  
¡Ay, si yo fuera la banda!"  
TELLO: ¡Bien dicho, por Dios, y entrar  
con doña Inés en la plaza!  
ALONSO: ¿Dónde está la banda, Tello?  
TELLO: A mí no me han dado nada.  
ALONSO: ¿Cómo no?  
TELLO: Pues, ¿qué me has dado?  
ALONSO: Ya te entiendo; luego saca  
a tu elección un vestido.  
TELLO: Ésta es la banda.  
ALONSO: Extremada.  
TELLO: Tales manos la bordaron.  
ALONSO: Demos orden que me parta.  
Pero, ¿ay, Tello!  
TELLO: ¿Qué tenemos?  
ALONSO: De decirte me olvidaba  
unos sueños que he tenido.  
TELLO: ¿Agora en sueños reparas?  
ALONSO: No los creo, claro está;  
pero dan pena.  
TELLO: Eso basta.  
ALONSO: No falta quien llama a algunos  
revelaciones del alma.  
TELLO: ¿Qué te puede suceder  
en una cosa tan llana  
como quererte casar?  
ALONSO: Hoy, tello, al salir el alba,  
con la inquietud de la noche,  
me levanté de la cama,  
abrí la ventana aprisa,  
y mirando flores y aguas  
que adornan nuestro jardín,  
sobre una verde retama

veo ponerse un jilguero,  
cuyas esmaltadas alas  
con lo amarillo añadían  
flores a las verdes ramas.  
Y estando al aire trinando  
de la pequeña garganta  
con naturales pasajes  
las quejas enamoradas,  
sale un azor de un almendro,  
adonde escondido estaba,  
y como eran en los dos  
tan desiguales las armas,  
tiñó de sangre las flores,  
plumas al aire derrama.  
Al triste chillido, Tello,  
débiles ecos del aura  
respondieron, y, no lejos,  
lamentando su desgracia,  
su esposa, que en un jazmín  
la tragedia viendo estaba.  
Yo, midiendo con los sueños  
estos avisos del alma,  
apenas puedo alentarme;  
que con saber que son falsas  
todas estas cosas, tengo  
tan perdida la esperanza,  
que no me aliento a vivir.  
TELLO: Mal a doña Inés le pagas  
aquella heroica firmeza  
con que atrevida contrasta  
los golpes de la fortuna.  
Ven a Medina, y no hagas  
caso de sueños ni agüeros,  
cosas a la fe contrarias.  
Lleva el ánimo que sueles,  
caballos, lanzas y galas,  
mata de envidia los hombres,  
mata de amores las damas.  
Doña Inés ha de ser tuya  
a pesar de cuantos tratan  
dividirlos a los dos.  
ALONSO: Bien dices. Inés me aguarda;  
vamos a Medina alegres.  
Las penas anticipadas

dicen que matan dos veces,  
y a mí sola Inés me mata,  
no como pena, que es gloria.  
TELLO: Tú me verás en la plaza  
hincar de rodillas toros  
delante de sus ventanas.

## **Fin del Segundo Acto**

## Acto Tercero

*Suenan atabales y entran con lacayos y rejonos don  
RODRIGO y don FERNANDO*

RODRIGO: Poca dicha.

FERNANDO: Malas suertes.

RODRIGO: ¡Qué pesar!

FERNANDO: ¿Qué se ha de hacer?

RODRIGO: Brazo, ya no puede ser  
que en servir a Inés aciertes.

FERNANDO: Corrido estoy.

RODRIGO: Yo, turbado.

FERNANDO: Volvamos a porfiar.

RODRIGO: Es imposible acertar  
un hombre tan desdichado.

Para él de Olmedo, en efeto,  
guardó suertes la Fortuna.

FERNANDO: No ha errado el hombre ninguna.

RODRIGO: Que la ha de errar os prometo.

FERNANDO: Un hombre favorecido,  
Rodrigo, todo lo acierta.

RODRIGO: Abrióle el amor la puerta,  
y a mí, Fernando, el olvido.

Fuera de esto, un forastero  
luego se lleva los ojos.

FERNANDO: Vos tenéis justos enojos.

Él es galán caballero,  
mas no para escurecer  
los hombres que hay en Medina.

RODRIGO: La patria me desatina;  
mucho parece mujer  
en que lo propio desprecia,  
y de lo ajeno se agrada.

FERNANDO: De ser de ingrata culpada  
son ejemplos Roma y Grecia.

*Dentro ruido de pretales y voces*

VOZ 1: ¡Brava suerte!

VOZ 2: ¡Con qué gala  
quebró el rejón!

FERNANDO: ¿Qué aguardamos?  
Tomemos caballos.

RODRIGO: Vamos.

VOZ 1: Nadie en el mundo le iguala.

FERNANDO: ¿Oyes esa voz?

RODRIGO: No puedo  
sufrirlo.

FERNANDO: Aun no lo encareces.

VOZ 2: ¡Vítor setecientas veces  
el caballero de Olmedo!

RODRIGO: ¿Qué suerte quieres que aguarde,  
Fernando, con estas voces?

FERNANDO: Es vulgo, ¿no le conoces?

VOZ 1: Dios te guarde, Dios te guarde.

RODRIGO: ¿Qué más dijeran al rey?

Mas bien hacen; digan, rueguen  
que hasta el fin sus dichas lleguen.

FERNANDO: Fue siempre bárbara ley  
seguir aplauso vulgar  
las novedades.

RODRIGO: Él viene  
a mudar caballo.

FERNANDO: Hoy tiene  
la Fortuna en su lugar.

***Sale TELLO con rejón y librea, y don  
ALONSO***

TELLO: ¡Valientes suertes, por Dios!

ALONSO: Dame, Tello, el alazán.

TELLO: Todos el lauro nos dan.

ALONSO: ¿A los dos, Tello?

TELLO: A los dos;  
que tú a caballo y yo a pie,  
nos habemos igualado.

ALONSO: ¡Qué bravo, Tello, has andado!

TELLO: Seis todo desjarreté,  
como si sus piernas fueran  
rábanos de mi lugar.

FERNANDO: Volvamos, Rodrigo, a entrar,  
que por dicha nos esperan,  
aunque os parece que no.

RODRIGO: A vos, don Fernando, sí;

a mí no, si no es que a mí  
me esperan para que yo  
haga suertes que me afrenten,  
o que algún toro me mate,  
o me arrastre o me maltrate  
donde con risa lo cuenten.

***Vanse los dos***

TELLO: Aquéllos te están mirando.

ALONSO: Ya los he visto envidiosos  
de mis dichas y aun celosos  
de mirarme a Inés mirando.

TELLO: ¡Bravos favores te ha hecho  
con la risa! Que la risa  
es lengua muda que avisa  
de lo que pasa en el pecho.  
No pasabas vez ninguna  
que arrojar no se quería  
del balcón.

ALONSO: ¡Ay, Inés mía!  
¡Si quisiese la Fortuna  
que a mis padres les llevase  
tal prenda de sucesión!

TELLO: Sí harás, como la ocasión  
de este don Rodrigo pase;  
porque satisfecho estoy  
de que Inés por ti se abraza.

ALONSO: Fabia se ha quedado en casa;  
mientras una vuelta doy  
a la plaza, ve corriendo,  
y di que esté prevenida  
Inés, porque en mi partida  
la pueda hablar; advirtiéndole  
que se esta noche no fuese  
a Olmedo, me han de contar  
mis padres por muerto, y dar  
ocasión, si no los viese,  
a esta pena, no es razón;  
tengan buen sueño, que es justo.

TELLO: Bien dices; duerman con gusto,  
pues es forzosa ocasión  
de temer y de esperar.



ALONSO: Yo entro.  
TELLO: Guárdete el cielo.

***Vase don ALONSO***

Pues puedo hablar sin recelo  
a Fabia, quiero llegar.  
Traigo cierto pensamiento  
para coger la cadena  
a esta vieja, aunque con pena  
de su astuto entendimiento.

No supo Circe, Medea,  
ni Hécate lo que ella sabe;  
tendrá en el alma una llave  
que de treinta vueltas sea.  
Mas no hay maestra mejor  
que decirle que la quiero,  
que es el remedio primero  
para una mujer mayor;  
que con dos razones tiernas  
de amores y voluntad,  
presumen de mocedad,  
y piensan que son eternas.

Acabóse. Llego, llamo.  
Fabia... Pero soy un necio;  
que sabrá que el oro precio,  
y que los años desamo,  
porque se lo ha de decir  
el de las patas de gallo.

***Sale FABIA***

FABIA: ¡Jesús, Tello! ¿Aquí te hallo?  
¡Qué buen modo de servir  
a don Alonso! ¿Qué es esto?  
¿Qué ha sucedido?

TELLO: No alteres  
lo venerable, pues eres  
causa de venir tan presto;  
que por verte anticipé  
de don Alonso un recado.

FABIA: ¿Cómo ha andado?

TELLO: Bien ha andado,  
porque yo le acompañé.  
FABIA: ¡Extremado fanfarrón!  
TELLO: Pregúntalo al rey, verás  
cuál de los dos hizo más;  
que se echaba del balcón  
cada vez que yo pasaba.  
FABIA: ¡Bravo favor!  
TELLO: Más quisiera  
los tuyos.  
FABIA: ¡Oh, quién te viera!  
TELLO: Esa hermosura bastaba  
para que yo fuera Orlando.  
¿Toros de Medina a mí?  
¡Vive el cielo! Que les di  
reveses, desjarretando,  
de tal aire, de tal casta,  
en medio de regocijo,  
que hubo toro que me dijo,  
"Basta, señor Tello, basta."  
"No basta," le dije yo,  
y eché de un tajo volado  
una pierna en un tejado.  
FABIA: ¿Y cuántas tejas quebró?  
TELLO: Eso al dueño, que no a mí.  
Dile, Fabia, a tu señora,  
que ese mozo que la adora  
vendrá a despedirse aquí;  
que es fuerza volverse a casa,  
porque no piensen que es muerto  
sus padres. Esto te advierto.  
Y porque la fiesta pasa  
sin mí, y el rey me ha de echar  
menos, que en efeto soy  
su toricida, me voy  
a dar materia al lugar  
de vítores y de aplauso,  
si me das algún favor.  
FABIA: ¿Yo favor?  
TELLO: Paga mi amor.  
FABIA: ¿Que yo tus hazañas cause?  
Basta, que no lo sabía.  
¿Qué te agrada más?  
TELLO: Tus ojos.

FABIA: Pues daréte mis anteojos.  
TELLO: Por caballo, Fabia mía,  
quedo confirmado ya.  
FABIA: Propio favor de lacayo.  
TELLO: Más castaño soy que bayo.  
FABIA: Mira cómo andas allá,  
que esto de *ne nos inducas*  
suelen causar los refrescos;  
no te quite los gregüescos  
algún mozo de San Lucas;  
que será notable risa,  
Tello, que donde lo vea  
todo el mundo, un toro sea  
sumiller de tu camisa.  
TELLO: Lo atacado y el cuidado  
volverán por mi decoro.  
FABIA: Para un desgarro de un toro,  
¿qué importa estar atacado?  
TELLO: Que no tengo a toros miedo.  
FABIA: Los de Medina hacen riza,  
porque tiene ojeriza  
con los lacayos de Olmedo.  
TELLO: Como éstos ha derribado,  
Fabia, este brazo español.  
FABIA: Mas, ¿qué? ¿Te ha de dar el sol  
adonde nunca te ha dado?

***Vanse. Ruido de plaza y grito, y digan  
dentro***

VOZ 1: ¡Cayó don Rodrigo!  
ALONSO: ¡Afuera!  
VOZ 2: ¡Qué gallardo, qué animoso  
don Alonso le socorre!  
VOZ 1: Ya se apea don Alonso.  
VOZ 2: ¡Qué valientes cuchilladas!  
VOZ 1: Hizo pedazos el toro.

***Salgan los dos; y don ALONSO teniéndole***

ALONSO: Aquí tengo yo caballo;  
que los nuestros van furiosos

discurriendo por la plaza.

Ánimo.

RODRIGO: Con vos le cobro.

La caída ha sido grande.

ALONSO: Pues no será bien que al coso  
volváis; aquí habrá criados  
que os sirvan, porque yo torno  
a la plaza. Perdonadme,  
porque cobrar es forzoso  
el caballo que dejé.

***Vase y sale don FERNANDO***

FERNANDO: ¿Qué es esto? ¡Rodrigo y solo!

¿Cómo estáis?

RODRIGO: Mala caída,  
mal suceso, malo todo;  
pero más deber la vida  
a quien me tiene celoso  
y a quien la muerte deseo.

FERNANDO: ¡Que sucediese a los ojos  
del rey y que viese Inés  
que aquel su galán dichoso  
hiciese el toro pedazos  
por libraros!

RODRIGO: Estoy loco.  
No hay hombre tan desdichado,  
Fernando, de polo a polo.  
¡Qué de afrentas, qué de penas,  
qué de agravios, qué de enojos,  
qué de injurias, qué de celos,  
qué de agüeros, qué de asombros!

Alcé los ojos a ver  
a Inés, por ver si piadoso  
mostraba el semblante entonces,  
que, aunque ingrato, necio adoro;  
y veo que no pudiera  
mirar Nerón riguroso  
desde la torre Tarpeya  
de Roma el incendio, como  
desde el balcón me miraba;  
y que luego, en vergonzoso  
clavel de púrpura fina

bañado el jazmín del rostro,  
a don Alonso miraba;  
y que por los labios rojos  
pagaba en perlas el gusto  
de ver que a sus pies me potro,  
de la Fortuna arrojado  
y de la suya envidioso.

Mas, ¡vive Dios!, que la risa,  
primero que la de Apolo  
alegre el oriente y bañe  
el aire de átomos de oro,  
se le ha de trocar en llanto,  
si hallo al hidaguillo loco  
entre Medina y Olmedo.

FERNANDO: Él sabrá ponerse en cobro.

RODRIGO: Mal conocéis a los celos.

FERNANDO: ¿Quién sabe que no son monstruos?

Mas lo que ha de importar mucho  
no se ha pensar tan poco.

***Vanse. Salen el REY, el CONDESTABLE y  
criados***

REY: Tarde acabaron las fiestas;  
pero ellas han sido tales  
que no las he visto iguales.

CONDESTABLE: Dije a Medina que aprestas  
para mañana partir;  
mas tiene tanto deseo  
de que veas el torneo  
con que te quiere servir,  
que me ha pedido, señor,  
que dos días se detenga  
vuestra alteza.

REY: Cuando venga,  
pienso que será mejor.

CONDESTABLE: Haga este gusto a Medina  
vuestra alteza.

REY: Por vos sea,  
aunque el infante desea,  
con tanta prisa camina,  
estas visitas de Toledo  
para el día concertado.

CONDESTABLE: Galán y bizarro ha estado  
el caballero de Olmedo.

REY: ¡Buenas suertes, condestable!

CONDESTABLE: No sé en él cuál es mayor,  
la ventura o el valor,  
aunque es el valor notable.

REY: Cualquiera cosa hace bien.

CONDESTABLE: Con razón le favorece  
vuestra alteza.

REY: Él lo merece  
y que vos le honréis también.

***Vanse. Salen don ALONSO y TELLO, de  
noche***

TELLO: Mucho habemos esperado,  
ya no puedes caminar.

ALONSO: Deseo, Tello, excusar  
a mis padres el cuidado.

A cualquier hora es forzoso  
partirme.

TELLO: Si hablas a Inés,  
¿qué importa, señor, que estés  
de tus padres cuidadoso?

Porque os ha de hallar el día  
en esas rejas.

ALONSO: No hará;  
que el alma me avisará  
como si no fuera mía.

TELLO: Parece que hablan en ellas,  
y que es en la voz Leonor.

ALONSO: Y lo dice el resplandor  
que da el sol a las estrellas.

***LEONOR en la reja***

LEONOR: ¿Es don Alonso?

ALONSO: Yo soy.

LEONOR: Luego mi hermana saldrá,  
porque con mi padre está  
hablando en las fiestas de hoy.

Tello puede entrar; que quiere  
daros un regalo Inés.

***Quítase de la reja***

ALONSO: Entra, Tello.

TELLO: Si después  
cerraren y no saliere,  
bien puedes partir sin mí;  
que yo te sabré alcanzar.

***Ábrese la puerta de casa de don PEDRO, entra  
TELLO, y vuelve doña LEONOR a la reja***

ALONSO: ¿Cuándo, Leonor, podré entrar  
con tal libertad aquí?

LEONOR: Pienso que ha de ser muy presto,  
porque mi padre de suerte  
te encarece, que a quererte  
tiene el corazón dispuesto.

Y porque se case Inés,  
en sabiendo vuestro amor,  
sabrás escoger lo mejor,  
como estimarlo después.

***Sale doña INÉS a la reja***

INÉS: ¿Con quién hablas?

LEONOR: Con Rodrigo.

INÉS: Mientes, que mi dueño es.

ALONSO: Que soy esclavo de Inés,  
al cielo doy por testigo.

INÉS: No sois sino mi señor.

LEONOR: Ahora bien, quiéroos dejar;  
que es necesidad estorbar  
sin celos quien tiene amor.

***Retírase***

INÉS: ¿Cómo estáis?

ALONSO: Como sin vida.  
 Por vivir os vengo a ver.  
 INÉS: Bien había menester  
 la pena de esta partida  
 para templar el contento  
 que hoy he tenido de veros,  
 ejemplo de caballeros,  
 y de las damas tormento.  
 De todas estoy celosa;  
 que os alabasen quería,  
 y después me arrepentía,  
 de perderos temerosa.  
 ¡Qué de varios pareceres!  
 ¡Qué de títulos y nombres  
 os dio la envidia en los hombres,  
 y el amor en las mujeres!  
 Mi padre os ha codiciado  
 por yerno para Leonor,  
 y agradecióle mi amor,  
 aunque celosa, el cuidado;  
 que habéis de ser para mí  
 y así se lo dije yo,  
 aunque con la lengua no,  
 pero con el alma sí.  
 Mas, ¡ay! ¿Cómo estoy contenta  
 si os partís?  
 ALONSO: Mis padres son  
 la causa.  
 INÉS: Tenéis razón;  
 mas dejadme que lo sienta.

ALONSO: Yo lo siento, y voy a Olmedo,  
 dejando el alma en Medina.  
 No sé cómo parto y quedo.  
 Amor la ausencia imagina,  
 los celos, señora, el miedo.  
 Así parto muerto y vivo,  
 que vida y muerte recibo.  
 Mas, ¿qué te puedo decir,  
 cuando estoy para partir,  
*puesto ya el pie en el estribo?*  
 Ando, señoras, estos días,  
 entre tantas asperezas  
 de imaginaciones mías,



consolado en mis tristezas  
y triste en mis alegrías.  
Tengo, pensando perderte,  
imaginación tan fuerte,  
y así en ella vengo y voy,  
que me parece que estoy  
*con las ansias de la muerte.*  
La envidia de mis contrarios  
temo tanto, que aunque puedo  
poner medios necesarios,  
estoy entre amor y miedo  
haciendo discursos varios.  
Ya para siempre me privo  
de verte, y de suerte vivo,  
que mi muerte presumiendo,  
parece que estoy diciendo,  
*"Señora, aquésta te escribo."*  
Tener de tu esposo el nombre  
amor y favor ha sido;  
pero es justo que me asombre,  
que amado y favorecido  
tenga tal tristeza un hombre.  
Parto a morir, y te escribo  
mi muerte, si ausente vivo,  
porque tengo, Inés, por cierto  
que si vuelvo será muerto,  
*pues partir no puedo vivo.*  
Bien sé que tristeza es;  
pero puede tanto en mí,  
que me dice, hermosa Inés;  
"Si partes muerto de aquí,  
¿cómo volverás después?  
Yo parto, y parto a la muerte,  
aunque morir no es perderte;  
que si el alma no se parte,  
¿cómo es posible dejarte,  
*cuanto más volver a verte?*

INÉS: Pena me has dado y temor  
con tus miedos y recelos;  
si tus tristezas son celos,  
ingrato ha sido tu amor.  
Bien entiendo tus razones;  
pero tú no has entendido

mi amor.

ALONSO: Ni tú, que han sido  
estas imaginaciones  
sólo un ejercicio triste  
del alma, que me atormenta,  
no celos; que fuera afrenta  
del hombre, Inés, que me diste.

De sueños y fantasías,  
si bien falsas ilusiones,  
han nacido estas razones,  
que no de sospechas mías.

INÉS: Leonor vuelve.

***LEONOR sale a la reja***

¿Hay algo?

LEONOR: Sí...

ALONSO: ¿Es partirme?

***A doña INÉS***

LEONOR: Claro está.

Mi padre se acuesta ya,  
y me preguntó por ti.

INÉS: Vete, Alonso, vete. Adiós.

No te quejes, fuerza es.

ALONSO: ¿Cuándo querrá Dios, Inés,  
que estemos juntos los dos?

***Retíranse doña INÉS [y  
doña LEONOR]***

Aquí se acabó mi vida,  
que es lo mismo que partirme.

Tello no sale, o no puede  
acabar de despedirse.

Voyme; que él me alcanzará.

***Al entrar don ALONSO, una SOMBRA con una  
máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el  
puño de la espada, se le ponga delante***

ALONSO: ¿Qué es esto? ¿Quién va? De oírme  
no hace caso. ¿Quién es? Hable.  
¡Que un hombre me atemorice  
no habiendo temido a tantos!  
¿Es don Rodrigo? ¿No dice  
quién es?  
SOMBRA: Don Alonso.  
ALONSO: ¿Cómo?  
SOMBRA: Don Alonso.  
ALONSO: No es posible.  
Mas otro será, que yo  
soy don Alonso Manrique.  
Si es invención, meta mano.  
Volvió la espalda.

***Vase la SOMBRA***

Seguirle  
desatino me parece.  
¡Oh, imaginación terrible!  
Mi sombra debió de ser,  
mas no; que en forma visible  
dijo que era don Alonso.  
Todas son cosas que finge  
la fuera de la tristeza,  
la imaginación de un triste.  
¿Qué me quieres, pensamiento,  
que con mi sombra me afliges?  
Mira que temer sin causa  
es de sujetos humildes.  
O embustes de Fabia son,  
que pretende persuadirme  
porque no me vaya a Olmedo,  
sabiendo que es imposible.  
Siempre dice que me guarde,  
y siempre que no camine  
de noche, sin más razón  
de que la envidia me sigue.  
Pero ya no puede ser  
que don Rodrigo me envidie,  
pues hoy la vida me debe;

que esta deuda no permite  
que un caballero tan noble  
en ningún tiempo la olvida.  
Antes pienso que ha de ser  
para que amistad confirme  
desde hoy conmigo en Medina;  
que la ingratitud no vive  
en buena sangre, que siempre  
entre villanos reside.  
En fin, es la quinta esencia  
de cuantas acciones viles  
tiene la bajeza humana  
pagar mal quien bien recibe.

**Vase. Salen don RODRIGO, don FERNANDO, MENDO y  
LAÍN**

RODRIGO: Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

FERNANDO: Finalmente, ¿venís determinado?

RODRIGO: No habrá consejo que su muerte impida,  
después que la palabra me han quebrado.

Ya se entendió la devoción fingida,  
ya supe que era Tello, su criado,  
quien le enseñaba aquel latín que ha sido  
en cartas de romance traducido.

¡Qué honrada dueña recibió en su casa  
don Pedro en Fabia! ¡Oh, mísera doncella!

Disculpo tu inocencia, si te abrasa  
fuego infernal de los hechizos de ella.

No sabe, aunque es discreta, lo que pasa  
y así el honor de entrambos atropella.

¡Cuántas casas de nobles caballeros  
han infamado hechizos y terceros!

Fabia, que puede transponer un monte;

Fabia, que puede detener un río,  
y en los negros ministros de Aqueronte  
tiene, como en vasallos, señorío;

Fabia, que de este mar, de este horizonte,  
al abrasado clima, al norte frío  
puede llevar a un hombre por el aire,  
le da liciones. ¿Hay mayor donaire?

FERNANDO: Por la misma razón yo no tratara  
de más venganza.

RODRIGO: ¡Vive Dios, Fernando,  
que fuera de los dos bajeza clara!  
FERNANDO: No la hay mayor que despreciar amando.

RODRIGO: Si vos podéis, yo no.

MENDO: Señor, repara  
en que vienen los ecos avisando  
de que a caballo alguna gente viene.

RODRIGO: Si viene acompañado, miedo tiene.

FERNANDO: No lo creas, que es mozo temerario.

RODRIGO: Todo hombre con silencio esté escondido.

Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,  
tendrás detrás de un árbol prevenido.

FERNANDO: ¡Qué inconstante es el bien, qué loco y vario!  
Hoy a vista de un rey salió lucido,  
admirado de todos a la plaza,  
y, ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

***Escóndense y salga don ALONSO***

ALONSO: Lo que jamás he tenido,  
que es algún recelo o miedo,  
llevo caminando a Olmedo.  
Pero tristezas han sido.  
Del agua el manso rüido  
y el ligero movimiento  
de estas ramas con el viento,  
mi tristeza aumentan más.  
Yo camino, y vuelve atrás  
mi confuso pensamiento.  
De mis padres el amor  
y la obediencia me lleva,  
aunque ésta es pequeña prueba  
del alma de mi valor.  
Conozco que fue rigor  
el dejar tan presto a Inés...  
¡Qué escuridad! Todo es  
horror, hasta que el aurora  
en las alfombras de Flora  
ponga los dorados pies.  
Allí cantan. ¿Quién será?  
Mas será algún labrador  
que camina a su labor.  
Lejos parece que está.

Pero acercándose va.  
Pues, ¡cómo! ¡Lleva instrumento,  
y no es rústico el acento,  
sino sonoro y süave!  
¡Qué mal la música sabe,  
si está triste el pensamiento!

***Canten desde lejos en el vestuario y véngase  
acercando la voz como que camina***

VOZ: "Que de noche le mataron  
al caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo."

ALONSO: ¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?  
Si es que avisos vuestros son,  
ya que estoy en la ocasión,  
¿de qué me estás informando?  
Volver atrás, ¿cómo puedo?  
Invención de Fabia es,  
que quiere, a ruego de Inés,  
hacer que no vaya a Olmedo.

VOZ: "Sombras le avisaron  
que no saliese,  
y le aconsejaron  
que no se fuese  
el caballero  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo."

***Sale un LABRADOR***

ALONSO: ¡Hola, buen hombre, el que canta!  
LABRADOR: ¿Quién me llama?  
ALONSO: Un hombre soy  
que va perdido.  
LABRADOR: Ya voy.  
ALONSO: ([Agora] todo me espanta.) **Aparte**  
¿Dónde vas?  
LABRADOR: A mi labor.

ALONSO: ¿Quién esa canción te ha dado,  
que tristemente has cantado?

LABRADOR: Allá en Medina, señor.

ALONSO: A mí me suelen llamar  
el caballero de Olmedo,  
y yo estoy vivo.

LABRADOR: No puedo  
deciros de este cantar  
más historia ni ocasión,  
de que a una Fabia la oí.  
Si os importa, ya cumplí  
con deciros la canción.  
Volved atrás. No paséis  
de este arroyo.

ALONSO: En mi nobleza,  
fuera ese temor bajeza.

LABRADOR: Muy necio valor tenéis.

Volved, volved a Medina.

ALONSO: Ven tú conmigo.

LABRADOR: No puedo.

### *Vase*

ALONSO: ¡Qué de sombras finge el miedo!  
¡Qué de engaños imagina!

Oye, escucha. ¿Dónde fue,  
que apenas sus pasos siento?  
¡Ah, labrador! Oye, aguarda.  
"Aguarda," responde el eco.  
¡Muerto yo! Pero es canción  
que por algún hombre hicieron  
de Olmedo, y los de Medina  
en este camino han muerto.

A la mitad dél estoy.

¿Qué han de decir si me vuelvo?

Gente viene... No me pesa;  
si allá van, iré con ellos.

***Salgan don RODRIGO y don FERNANDO y su  
gente***

RODRIGO: ¿Quién va?  
ALONSO: Un hombre. ¿No me ves?

FERNANDO: Deténgase.

ALONSO: Caballeros,  
si acaso necesidad  
los fuerza a pasos como éstos,  
desde aquí a mi casa hay poco;  
no habré menester dineros  
que de día y en la calle  
se los doy a cuantos veo  
que me hacen honra en pedirlos.

RODRIGO: Quítase las armas luego.

ALONSO: ¿Para qué?

RODRIGO: Para rendillas.

ALONSO: ¿Saben quién soy?

FERNANDO: El de Olmedo,  
el matador de los toros,  
que viene arrogante y necio  
a afrentar los de Medina,  
el que deshonra a don Pedro  
con alcahuetes infames.

ALONSO: Si fuérades a lo menos  
nobles vosotros, allá,  
pues tuvistes tanto tiempo,  
me hablárades, y no agora,  
que solo a mi casa vuelvo.

Allá en las rejas adonde  
dejastes la capa huyendo,  
fuera bien, y no en cuadrilla  
a media noche, soberbios.

Pero confieso, villanos,  
que la estimación os debo,  
que aun siendo tantos, sois pocos.

**Riñan**

RODRIGO: Yo vengo a matar, no vengo  
a desafíos; que entonces  
te matara cuerpo a cuerpo.

**A MENDO**

Tírale.



***Disparen dentro***

ALONSO: Traidores sois;  
pero sin armas de fuego  
no pudiéades matarme.  
¡Jesús!

***Cae***

FERNANDO: ¡Bien lo has hecho, Mendo!

***Vanse don RODRIGO, don FERNANDO y su  
gente***

ALONSO: ¡Qué poco crédito di  
a los avisos del cielo!  
Valor propio me ha engañado,  
y muerto envidias y celos.  
¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo  
tan solo?

***Sale TELLO***

TELLO: Pena me dieron  
estos hombres que a caballo  
van hacia Medina huyendo.  
Si a don Alonso habían visto  
pregunté; no respondieron.  
¡Mala señal! Voy temblando.  
ALONSO: ¡Dios mío, piedad! ¡Yo muero!  
Vos sabéis que fue mi amor  
dirigido a casamiento.  
¡Ay, Inés!  
TELLO: De lastimosas  
quejas siento tristes ecos.  
Hacia aquella parte suenan.  
No está del camino lejos  
quien las da. No me ha quedado  
sangre. Pienso que el sombrero

puede tenerse en el aire  
 solo en cualquiera cabello.  
 ¡Ah, hidalgo!  
 ALONSO: ¿Quién es?  
 TELLO: ¡Ay, Dios!  
 ¿Por qué dudo lo que veo?  
 Es mi señor. ¡Don Alonso!  
 ALONSO: Seas bien venido, Tello.  
 TELLO: ¿Cómo, señor, si he tardado?  
 ¿Cómo, si a mirarte llevo  
 hecho una fiera de sangre?  
 ¡Traidores, villanos, perros;  
 volved, volved a matarme;  
 pues habéis, infames, muerto  
 el más noble, el más valiente,  
 el más galán caballero  
 que ciñó espada en Castilla!  
 ALONSO: Tello, Tello, ya no es tiempo  
 más que de tratar del alma.  
 Ponme en tu caballo presto  
 y llévame a ver mis padres.  
 TELLO: ¡Qué buenas nuevas les llevo  
 de las fiestas de Medina!  
 ¿Qué dirá aquel noble viejo?  
 ¿Qué hará tu madre y tu patria?  
 ¡Venganza, piadosos cielos!

***Llévase a don ALONSO. Salen don PEDRO,  
 doña INÉS, doña LEONOR, y FABIA***

INÉS: ¿Tantas mercedes ha hecho?  
 PEDRO: Hoy mostró con su real  
 mano, heroica y liberal,  
 la grandeza de su pecho.  
 Medina está agradecida,  
 y por la que he recibido  
 a besarla os he traído.  
 LEONOR: ¿Previene ya su partida?  
 PEDRO: Sí, Leonor, por el infante,  
 que aguarda al rey en Toledo.  
 En fin, obligado quedo;  
 que por merced semejante  
 más por vosotras lo estoy,

pues ha de ser vuestro aumento.  
LEONOR: Con razón estás contento.  
PEDRO: Alcaide de Burgos soy.  
Besad la mano a su alteza.

***Aparte a FABIA***

INÉS: ¡Ha de haber ausencia, Fabia!  
FABIA: Más la Fortuna te agravia.  
INÉS: No en vano tanta tristeza  
he tenido desde ayer.  
FABIA: Yo pienso que mayor daño  
te espera, si no me engaño,  
como suele suceder;  
que en las cosas por venir  
no puede haber cierta ciencia.  
INÉS: ¿Qué mayor mal que la ausencia,  
pues es mayor que morir?)  
PEDRO: Ya, Inés, ¿qué mayores bienes  
pudiera yo desear,  
si tú quisieras dejar  
el propósito que tienes?  
No porque yo le hago fuerza;  
pero quisiera casarte.  
INÉS: Pues tu obediencia no es parte  
que mi propósito tuerza.  
Me admiro de que no entiendas  
la ocasión.  
PEDRO: Yo no la sé.  
LEONOR: Pues yo por ti la diré,  
Inés, como no te ofendas.  
No la casas a su gusto.  
¡Mira qué presto!  
PEDRO: Mi amor  
se queja de tu rigor,  
porque, a saber tu disgusto,  
no la hubiera imaginado.  
LEONOR: Tiene inclinación Inés  
a un caballero, después  
que el rey de una cruz le ha honrado;  
que esto es deseo de honor,  
y no poca honestidad.  
PEDRO: Pues si él tiene calidad

y tú le tienes amor,  
¿quién ha de haber que replique?

Cásate en buen hora, Inés.

Pero, ¿no sabré quién es?

LEONOR: Es don Alonso Manrique.

PEDRO: Albricias hubiera dado.

¿El de Olmedo?

LEONOR: Sí, señor.

PEDRO: Es hombre de gran valor

y desde agora me agrado

de tan discreta elección;

que si el hábito rehusaba,

era porque imaginaba

diferente vocación.

Habla, Inés, no estés así.

INÉS: Señor, Leonor se adelanta;

que la inclinación no es tanta

como ella te ha dicho aquí.

PEDRO: Yo no quiero examinarte,

sino estar con mucho gusto

de pensamiento tan justo

y de que quieras casarte.

Desde agora es tu marido;

que me tendré por honrado

de un yerno tan estimado,

tan rico y tan bien nacido.

INÉS: Beso mil veces tus pies.

Loca de contento estoy.

Fabia.

FABIA: (El parabién te doy, **Aparte**

si no es pésame después.)

***Salen el REY, el CONDESTABLE y gente, don RODRIGO,  
y don FERNANDO***

LEONOR: ¡El rey!

PEDRO: Llegad a besar

su mano.

INÉS: ¡Qué alegre llego!

PEDRO: Dé vuestra alteza los pies,

por la merced que me ha hecho

del alcaidía de Burgos,

a mí y a mis hijas.

REY: Tengo bastante satisfacción de vuestro valor, don Pedro, y de que me habéis servido.

PEDRO: Por lo menos lo deseo.

REY: ¿Sois casadas?

INÉS: No, señor.

REY: ¿Vuestro nombre?

INÉS: Inés.

REY: ¿Y el vuestro?

LEONOR: Leonor.

CONDESTABLE: Don Pedro merece tener dos gallardos yernos, que están presentes, señor, y que yo os pido por ellos los caséis de vuestra mano.

REY: ¿Quién son?

RODRIGO: Yo, señor, pretendo con vuestra licencia, a Inés.

FERNANDO: Y yo a su hermana le ofrezco la mano y la voluntad.

REY: En gallardos caballeros emplearéis vuestras dos hijas, don Pedro.

PEDRO: Señor, no puedo dar a Inés a don Rodrigo, porque casada la tengo con don Alonso Manrique, el caballero de Olmedo, a quien hicistes merced de un hábito.

REY: Yo os prometo que la primera encomienda sea suya.

#### ***Aparte los dos***

RODRIGO: (¡Extraño suceso!

FERNANDO: Ten prudencia.)

REY: Porque es hombre de grandes merecimientos.

#### ***Dentro***

TELLO: Dejadme entrar.  
REY: ¿Quién da voces?  
CONDESTABLE: Con la guarda un escudero  
que quiere hablarte.  
REY: Dejadle.  
CONDESTABLE: Viene llorando y pidiendo  
justicia.  
REY: Hacerla es mi oficio.  
Eso significa el cetro.

***Sale TELLO***

TELLO: Invictísimo don Juan,  
que del castellano reino,  
a pesar de tanta envidia,  
gozas el dichoso imperio;  
con un caballero anciano  
vine a Medina, pidiendo  
justicia de dos traidores;  
pero el doloroso exceso  
en tus puertas le ha dejado,  
si no desmayado, muerto.  
Con esto yo, que le sirvo,  
rompí con atrevimiento  
tus guardas y tus oídos;  
oye, pues te puso el cielo  
la vara de la justicia  
en tu libre entendimiento,  
para castigar los malos  
y para premiar los buenos;  
la noche de aquellas fiestas  
que a la Cruz de Mayo hicieron  
caballeros de Medina,  
para que fuese tan cierto  
que donde hay cruz hay pasión,  
por dar a sus padres viejos  
contento de verle libre  
de los toros, menos fieros  
que fueron sus enemigos,  
partió de Medina a Olmedo,  
don Alonso, mi señor,

aquel ilustre mancebo  
que mereció tu alabanza,  
que es raro encarecimiento.

Quedéme en Medina yo,  
como a mi cargo estuvieron  
los jaeces y caballos,  
para tener cuenta de ellos.

Ya la destocada noche,  
de los dos polos en medio,  
daba a la traición espada,  
mano al hurto, pies al miedo,  
cuando partí de Medina;  
y al pasar un arroyuelo,  
puente y señal del camino,  
veo seis hombres corriendo  
hacia Medina, turbados,  
y, aunque juntos, descompuestos.

La luna, que salió tarde,  
menguado el rostro sangriento,  
me dio a conocer los dos;  
que tal vez alumbra el cielo  
con las hachas de sus luces  
el más oscuro silencio,  
para que vean los hombres,  
de las maldades los dueños,  
porque a los ojos divinos  
no hubiese humanos secretos.

Paso adelante, ¡ay de mí!,  
y envuelto en su sangre veo  
a don Alonso expirando.  
Aquí, gran señor, no puedo  
ni hacer resistencia al llanto,  
ni decir el sentimiento.

En el caballo le puse  
tan animoso, que creo  
que pensaban sus contrarios  
que no le dejaban muerto.

A Olmedo llegó con vida  
cuanto fue bastante, ¡ay cielo!,  
para oír la bendición  
de dos miserables viejos,  
que enjugaban las heridas  
con lágrimas y con besos.  
Cubrió de luto su casa

y su patria, cuyo entierro  
será el del fénix, señor;  
después de muerto viviendo  
en las lenguas de la fama,  
a quien conserven respeto  
la mudanza de los hombres  
y los olvidos del tiempo.

REY: ¡Extraño caso!

INÉS: ¡Ay de mí!

PEDRO: Guarda lágrimas y extremos,  
Inés, para nuestra casa.

.....

INES: Lo que de burlas te dije,  
señor, de veras te ruego.  
Y a vos, generoso rey,  
de esos viles caballeros  
os pido justicia.

#### **A TELLO**

REY: Dime,  
pues pudiste conocerlos,  
¿quién son esos dos traidores?  
¿Dónde están? ¡Que vive el cielo,  
de no me partir de aquí  
hasta que los deje presos!

TELLO: Presentes están, señor;  
don Rodrigo es el primero,  
y don Fernando el segundo.

CONDESTABLE: El delito es manifiesto,  
su turbación lo confiesa.

RODRIGO: Señor, escucha...

REY: ¡Prendedlos!

Y en un teatro mañana  
cortad sus infames cuellos;  
fin de la trágica historia  
del caballero de Olmedo.

## **Fin de El caballero de Olmedo**



Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

